BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

DESPUES DEL FIN

burton hare

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

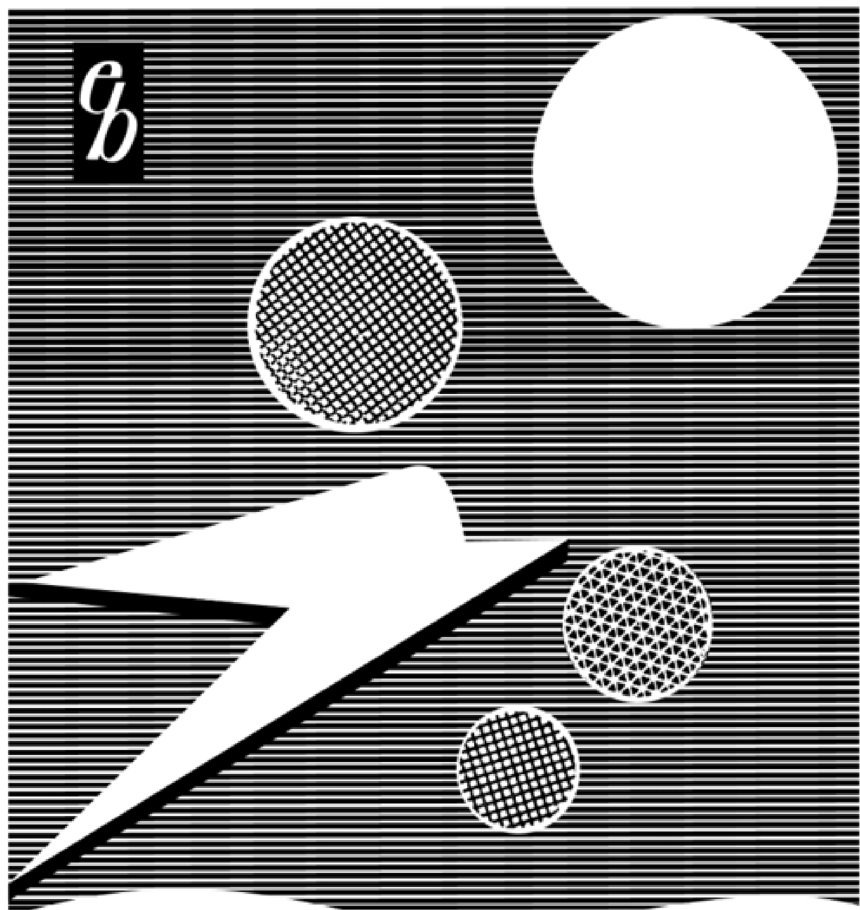
la conquista del ESPACIO

DESPUES DEL FIN

burton hare

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

BURTON HARE

DESPUÉS DEL FIN

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 267

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 29.885 – 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: septiembre, 1975

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajesy entidades privadasqueaparecenenesta novela,asícomolas situacionesdela misma,sonfruto exclusivamente de la imaginacióndelautor, por lo que cualquier semejanzaconpersonajes,entidadeso hechos pasados oactuales, serásimplecoincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. — La clave del universo - *Glenn Parrish*
2. — El pueblo dormido - *Clark Carradas*
3. — El planeta de la venganza-A. *Thorkent*
4. — La rana - *Marcus Sidéreo*
5. — Viaje a la locura - *KelltomMclntire*

CAPITULO PRIMERO

—Cuando te has adaptado a la idea no es tan malo —dijo Pietro Torrega, tendido en el viejo cráter de una explosión.

A su lado, tratando de encender un aplastado cigarrillo, Julien Corbeau lanzó un gruñido por toda respuesta.

Sólo cuando hubo conseguido arrancar una bocanada de humo del maltrecho cigarrillo, el francés refunfuñó:

—La idea de que vamos a morir nunca me ha espantado. Lo malo de esto es la espera, y el no saber cómo moriremos. ¿Comprendes?

—Bueno, no creo que quede un solo artefacto atómico en ninguna parte. De modo que por ese lado, descartado. ¿Sabes qué pienso? Que acabaremos a causa de las radiaciones. A estas horas debemos llevar ya tantas en la sangre que sólo es cuestión de tiempo.

Julien tampoco replicó esta vez. Tendido de espaldas sobre la tierra, su mirada se perdía en la neblina que cubría el cielo. Era una niebla densa, pesada y sucia, con toneladas de polvillo negro flotando en la atmósfera. Era un veneno mortal que uno podía contemplar a simple vista.

Pietro Torrega se arrastró por la ladera del cráter y asomó la cabeza. En todo cuanto alcanzaba la vista sólo se distinguía un paisaje calcinado, la imagen pura de la desolación, la ruina y la muerte.

No quedaban árboles, sólo cortos muñones astillados y renegridos. Ni una brizna de hierba, ni un matorral,ni un insecto. Diríase el paisaje de un planeta muerto, arrasado por una hecatombe imposible de imaginar por una mente humana. Sin embargo, habían sido los humanos los causantes de ese fin absoluto.

—No se mueve nada. Es curioso —comentó—. ¿Sabes qué se me ocurre?

—No me interesa.

—Pero te lo voy a decir de cualquier modo. Pienso que sería divertido que en toda la Tierra sólo quedásemos tú y yo. ¿Eh, qué te parece?

—Para lo que nos iba a durar...

—Dueños absolutos de todo —murmuró Pietro, siguiendo con su idea.

—¿Dueños de qué? ¿Es que crees que queda algo?

—Eso es cierto.

Callaron. Ambos vestían los harapos de lo que fuera un pesado uniforme protector contra las radiaciones nucleares. Sólo que desde hacía tiempo ya no les protegía. Incluso habían arrojado los cascos-escafandra para no tener que cargar con ellos.

Julien aplastó el cigarrillo. Los dos hombres estaban demacrados, mostrando las prominencias de los huesos de la cara, cuya piel semejaba pergamino amarillento.

Se incorporó tomando el ligero ametrallador «Stein», la última creación de la famosa marca antes de su definitiva destrucción.

—¿Qué te parece? ¿Nos largamos de aquí?

Pietro se encogió de hombros.

—Tanto da un lugar como otro.

Repentinamente, el francés se puso rígido y susurró:

—¡Silencio! Algo se ha movido allí delante.

—Empiezas a ver fantasmas. Yo no he visto nada.

—No te muevas.

Julien asomó el corto cañón de su arma y aguardó pacientemente. Sus ojos estaban profundamente hundidos y rodeados de arrugas y sombras oscuras.

—Ahí está… Se ha movido otra vez —murmuró.

Pietro aguzó la mirada.

—¿Crees que se trata de un hombre?

—Hombre o animal, ya puedes rezarle un responso.

—¿Y si es de los nuestros?

—Peor para él.

Entonces, por entre los pliegues rugosos de la tierra convulsionada, un hombre se enderezó y echó a correr.

Julien tiró suavemente del gatillo. La metralleta tableteó ruidosamente y el hombre que corría se detuvo en seco, abrió los brazos y girando sobre sus pies trató de volverse en redondo, buscando el lugar desde el que acababan de dispararle. Luego, como si se encogiera sobre sí mismo, cayó hacia adelante.

Los dos soldados de aquel ejército que ya no existía se aproximaron al caído, empuñando sus armas con cautela porque ignoraban si quedaban otros adversarios en los alrededores.

El hombre yacía de cara al cielo, tenía los ojos inmensamente abiertos y un leve estremecimiento en los miembros.

Julien gruñó:

—Aún está vivo.

Impresionado, Pietro exclamó:

—¡Fíjate en su cara!

Ciertamente, la cara esquelética del desgraciado mostraba una expresión de terror inmenso. Julien se quedó boquiabierto.

—¿De qué infiernos está asustado? Debería agradecerme el que le mate rápidamente. Todos estamos condenados a morir poco a poco.

El herido boqueó pugnando por hablar. El pánico asomaba a sus ojos y se desbordaba de ellos a raudales. Un terror loco, estremecedor, como ellos no habían visto nunca, a pesar de haber visto el miedo en todas sus formas en los años de guerra que habían culminado en el holocausto final de la humanidad.

Pietro se arrodilló al lado del desconocido.

—¿Qué te pasa, quieres decirnos algo? —preguntó.

De nuevo los labios se movieron y los ojos giraron enloquecidos en las órbitas. Al fin, un ronco murmullobrotó de la boca del agonizante mezclado con una bocanada de sangre.

—¡Los... los muertos...!

—Todos están muertos. ¿Qué quieres decir?

—¡Los muertos...!

Se agitó, vomitando sangre. El pánico demencial que le poseía se acentuó si eso era posible. Les dos cama-radas se miraron. Julien dijo:

—Está delirando.

—Pero no comprendo.

—¡Ma...matadlos...! —balbuceó el moribundo.

—¿A quiénes?

—A... a los muertos... ellos serán... los amos de la tierra.

La sangre le ahogó. Dejó caer la cabeza a un lado y expiró.

Pietro se quedó mirándolo asombrado.

—¿Oíste lo que dijo?

—Estaba loco, eso es todo. Una gran mayoría de combatientes se volvieron locos.

—No parecía loco.

—Entonces estaba delirando. 0 hablaba en sentido figurado, si entiendes lo que quiero decir. —Julien soltó una amarga risa y añadió con el mismo tono desgarradamente burlón—: La tierra se ha convertido en el reino de los muertos. En eso tenía razón.

—Julien, cuando uno está agonizando no se devana los sesos hablando en sentido figurado. Quisiera saber qué demonios quiso decir.

—Olvídalo. Mejor que te preocupes de pensar dónde encontraremos algo que llevarnos a la boca.

Pietro retrocedió unos pasos. Parecía fascinado por la visión del cadáver.

—Dijo que matásemos a los muertos —murmuró—, porque ellos serían los amos de la tierra.

—Deja de darle vueltas a esta tontería y vámonos de aquí. Ya

olvidé la última vez que comí un bocado.

Los dos echaron a andar por aquella especie de paisaje lunar, calcinado por la guerra nuclear que había arrasado al mundo.

—Debía haber un pueblo a un par de millas al este de aquí. Lo recuerdo perfectamente —gruñó Pietro.

—¡Millas! ¿Es que no puedes pensar como un europeo?

—Viví toda mi juventud en América.

—Pero tú eres italiano.

—¿Importa el lugar donde uno naciera? Italia, Francia América… o el infierno. Ahora ya no hay naciones. No hay nada —terminó, con voz sorda—. Lo último que supe de Nueva York fue que lo habían arrasado con una lluvia de bombas atómicas. Manhattan se resquebrajó como una fruta podrida… Una pena. Había lugares muy divertidos allí.

—También los había en París. Y ahora ni siquiera queda París.

Caminaban sin prisas. Ya nunca más tendrían prisa para llegar a ninguna parte porque no había parte alguna a la que llegar.

Todo el terreno por el que avanzaban estaba convulsionado, revuelto como después de un terremoto. El silencio era absoluto, un silencio como no se conociera jamás antes del cataclismo.

Y de pronto, un extraño zumbido surgió como si brotara de la niebla, de aquella nube de veneno que flotaba a baja altura.

—¿Qué crees que es eso? —gruñó Julien, deteniéndose.

—No tengo la menor idea. Se aproxima a una velocidad tremenda.

El sordo zumbido se convirtió de pronto en un aullido infernal sobre sus cabezas, se alejó en cuestión de segundos y acabó extinguiéndose.

—Un proyectil —opinó Julien, al fin.

—Seguro. Pero nunca había oído nada semejante… ¿Adónde irá a estallar?

—Pronto lo sabremos.

Se quedaron quietos, escuchando, mirando la masaoscura que cerraba la visión a corta distancia. Pero no hubo estallido alguno. El silencio total, absoluto, lacerante, siguió dominando el mundo muerto que les rodeaba. Cuando se cansaron de la inútil espera reanudaron la marcha sin hablar, cada uno sumido en sus tétricos pensamientos.

Pietro sentía una aguda debilidad en las piernas. Los miembros le pesaban y un sordo dolor aguijoneaba sus articulaciones. Sabía que eran los primeros síntomas de la muerte que ambos llevaban en las entrañas, la muerte por contaminación. Pronto comenzarían a aparecer llagas purulentas que ya jamás cicatrizarían. La descomposición del organismo sería entonces más rápida, hasta llegar a la muerte.

Sacudió la cabeza como queriendo alejar sus pensamientos.

—Ya no puede faltar mucho. ¿No crees? —dijo.

—Tú eres quien conoce el camino. Pero si ese maldito lugar queda demasiado lejos, yo no llegaré. Apenas puedo sostenerme. ¿Y tú?

—Igual.

—Me siento débil como un recién nacido.

—¿Se te ha ocurrido pensar que ya no habrá nunca más niños?

—Lo he pensado.

—Es aterrador.

—Al contrario. ¿No lo comprendes? Quién sabe qué monstruos nacerían, engendrados por hombres y mujeres viviendo de prestado, podridos de contaminación. Mejor que termine todo de una vez.

Pietro le miró de reojo y no replicó. Estaba oscureciendo rápidamente. Luego, al coronar una pequeña loma, lo que fuera un pueblo apareció a un tiro de piedra del camino. No era más que informes ruinas.

—Cuidado ahora. Puede quedar algún desesperado oculto entre ese montón de escombros —rezongó Julien.

Con las metralletas listas para hacer fuego, irrumpieron entre los cascotes, vigilantes, escrutando las sombras que se enseñoreaban del lugar.

—No parece que haya nadie —dijo Pietro. —Busquemos algo que llevarnos a la boca. Revolvieron aquí y allá, en lo que fueran casas. No encontraron nada.

Desfallecidos,se tumbaron al amparo de un muroderruido.

Uno junto al otro trataron de dormir en espera de una muerte que no podía tardar en llegar.

La noche, con la nube de polvo radiactivo que flotaba sobre la tierra, era negra como un lago de tinta. Los hombres habían olvidado ya cómo era el brillo de la luna y el parpadeo de las estrellas. Sabían que nunca volverían a verlas. Se quedaron dormidos ansiando con todas sus fuerzas no despertar jamás.

CAPITULOII

Cuando despertaron había amanecido y una figura fantasmal estaba de pie ante ellos, mirándoles por encima del cañón de un ametrallador. Ni siquiera se sobresaltaron.

El desconocido iba cubierto por un traje protector. A través de la mirilla de su escafandra chispeaban unos ojos recelosos y vigilantes.

Julien bostezó y dijo:

—Amigo, lo mejor que puedes hacer es apretar el gatillo. Nos harás un buen favor.

—¿Quiénes sois?

La voz del desconocido, surgiendo a través del diminuto mecanismo acústico del casco cerrado sonó metálica y desagradable.

—¿Te importa realmente?.

—No mucho. ¿Queda alguien más, vivo, por este territorio?

—Que nosotros sepamos, no. ¿De dónde vienes, a qué ejército perteneces?

—A ninguno. Ya no hay ejércitos. No hay nada. Quiero saber si habéis observado algo extraño por aquí.

—¿De qué demonios hablas? No hay nada que observar, más que ruinas aquí y allá.

—¿Cuándo tuvo lugar el último combate?

Pietro se enderezó, quedando sentado con la espalda apoyada contra el muro.

—Haces demasiadas preguntas —dijo de mal talante—. No hay combates desde hace meses. Los últimos fueron simples escaramuzas porque ya no quedaban fuerzas en ninguno de los bandos.

—¿Cuándo?

—Hace más de dos semanas —dijo Julien.

—¿Enterraron a los muertos?

—Otro chiflado —se lamentó Pietro—. ¿A quién demonios le importa si los enterraron o no? Estamos hartos de ver carroñas abandonadas por todas partes. Al principio del fin los perros vagabundos y los ejércitos de ratas se encargaban de la limpieza. Después, se extinguieron los perros y las ratas… Podrás encontrar cadáveres esparcidos por todas partes.

—Ya veo.

Julien había estado observando los detalles de aquel hombre, y de pronto dijo:

—Tu escafandra no es de uniforme. No pertenece a ninguno de los cuerpos de ejército que yo conozca. ¿De dónde diablos has salido? Y también sería una gran cosa que nos dijeras quién eres.

—No soy militar.

—Y tampoco eres italiano, ni francés, aunque hables bien ese idioma.

Tras una vacilación, el desconocido gruñó:

—Me llamo George Drake.

—¿Inglés?

—Sí.

—Yo me llamo Julien. Este es Pietro, un italoamericano. Y ahora sería bueno que tuvieras algo de comer.

Drake se desprendió de la sólida mochila que llevaba sobre la espalda, la abrió y sacó un paquete de galletas secas. Con un grito de entusiasmo, los dos amigos se lanzaron sobre lo que significaba casi un banquete en sus circunstancias. Engulleron las duras galletas en un tiempo récord. Entonces, George Drake dijo:

—Vais a guiarme hasta donde se desarrollaron los combates. Esas escaramuzas de que hablasteis antes.

—¿Para qué, hombre? No pretenderás que cavemos fosas para todos.

—Nada de eso. Sólo quiero verlos.

—Como el otro, ¿no te parece? Estamos predestinados a

tropezamos con chiflados —gruñó Pietro.

—¿De qué hablas? —quiso saber.

—Tú quieres ver a los muertos en combate. Otro tipo agonizante nos suplicó que matásemos a los muertos... ¿Te parece que no es para escamarse?

—Que mataseis a los muertos... ¿Qué quiso decir?

—También nos gustaría saberlo.

—Quizá encontremos a alguien más vivo. Andando, necesito ver esos cadáveres.

—Y dale con eso —se quejó Pietro.

Sin embargo se levantaron. Tanto les daba dirigirse a un lugar como a otro.

Caminaron durante horas. El inglés parecía incansable, pero los dos camaradas, derrengados como estaban, necesitaban descansar a menudo.

Afortunadamente, las provisiones de George Drake, y los tragos de coñac que les facilitó, hicieron que sus piernas cobraran más fuerza y así desembocaron en un pequeño valle, en otro tiempo cubierto de bosques de hayas. Ahora no quedaban ni los troncos, sólo atormentados muñones calcinados. La tierra de las laderas aparecía convulsionada, revuelta por los estallidos. Entre el revoltijo de tierra y rocas podían verse cuerpos en putrefacción, armas de todos los tipos, cajas de municiones semivacías...

Drake se detuvo en lo alto de la loma dejando resbalar su mirada por el paisaje desolado. El hedor que casi mareó a sus dos guías no llegaba hasta él gracias a la protección de su traje y escafandra.

—Ahí están. Si quieres enterrar todas esas carroñas no tienes más que empezar a cavar, pero no cuentes con nosotros —gruñó Julien.

George Drake ni siquiera replicó. Reanudó la marcha ladera abajo, examinando de cerca los cadáveres en pleno proceso de descomposición.

De vez en cuando se detenía y tomaba alguna de lasarmas, comprobando su modelo o procedencia. Luego, volvía a tirarla y

seguía su camino.

Los dos amigos decidieron seguirle a corta distancia. Después de todo, aquel hombre era el único nexo que les quedaba entre la vida y la muerte, quizá la sombra de una última esperanza.

Al fin, una hora después dejaron atrás el valle y descendieron la ladera por el norte.

A sus pies se extendían las ruinas de una pequeña ciudad.

—¿Alguno de vosotros sabe qué lugar era éste? —dijo Drake.

—Debe ser Toul —gruñó Jules.

La población era un simple amontonamiento de escombros. La explosión atómica que la arrasara debió estallar a alguna distancia de ella, de lo contrario, teniendo en cuenta la aterradora potencia de las últimas bombas lanzadas, no habrían quedado ni siquiera las ruinas.

Los tres hombres se internaron por aquel escenario de horror.

Pietro lomiraba todo con ojos desapasionados. Ojos que ya habían visto todo el horror que un ser humano pudiera haber imaginado, si es que la imaginación era capaz de llegar a tales extremos de espanto.

Jules señaló una esquina.

—A ésa debió parecerle que no sucedía gran cosa.

Había una mujer de pie, apoyada en un trozo de muro. Sobre su cuerpo casi putrefacto no quedaban más que algunosjironesde ropa.

Más allá yacían los cadáveres de un grupo de niños, y a su lado un gran perro pastor había sido solidificado por el estallido y a pesar de que ya apenas quedaba nada más que algún trozo de piel sobre sus huesos, parecía vigilar a los chiquillos cuyo juego fue interrumpido por la muerte.

George Drake apenas prestaba atención a los cuerpos, algunos simples esqueletos ya. Sus ojos aceradosvigilaban las ruinas y los huecos en los que pudiera ocultarse alguien vivo.

Pietro dijo, en un momento determinado:

—¿Qué diablos esperas encontrar? Si hubiera quedado alguien vivo en este basurero, hace tiempo que habría emprendido el vuelo.

Los restos de los vehículos estaban esparcidos por las calles, amasijos informes de metal. Una bicicleta milagrosamente intacta estaba apoyada junto al quicio de una puerta que había desaparecido. La casa conservaba parte de su estructura interior, pero la fachada principal había caído a la calle casi de una pieza.

Jules se detuvo en seco y soltó una amarga risa.

—Esos no esperaban la bomba, seguro.

Los otros dos se volvieron.

—Morir haciendo el amor me parece que fue la mejor muerte que pudieron desear —gruñó Pietro.

—¡Silencio! —dijo Drake.

—¿Para qué? Nadie va a oírnos.

—¡Silencio, idiota!

Gallaron. Jules forzó sus sentidos para captar lo que parecía haber alarmado al inglés. Se encogió de hombros, fastidiado, porque él no podía oír nada.

Sin embargo, Drake señaló un montón de cascotes y dijo en un murmullo apenas audible:

—¡Rápido, protegeos ahí!

Se zambulleron tras el parapeto, y Drake les imitó, tendiéndose pegado al suelo.

Pietro susurró:

—¿Es que oíste algo?

—Seguro.

—Pero…

—¡Cierra la boca de una condenada vez!

Pasó más de un minuto en aquella tensa espera. Ni Jules ni Pietro lograban oír nada. Sin embargo, Drake parecía más inquieto a cada instante. Por señas Jules insistió en que no oía nada. George señaló dos diminutos audífonos a ambos lados de su casco. Con voz que

apenas oyeron, susurró:

—Amplifican el sonido… Alguien se acerca.

Sus dedos se tensaron en los gatillos de las armas.

Pero pasaron varios minutos más antes de que el hombre apareciera. Se cubría con los harapos de un uniforme francés y caminaba pausadamente, mirando en torno cauteloso y acechante.

—Es de los míos —dijo Jules, levantándose.

—¡Quieto! —rugió Drake.

El desconocido se había detenido. Jules le hizo una seña amistosa y le habló en francés, a gritos:

—¡No dispares, caramba! Yo también soy francés.

El hombre levantó el fusil ametrallador y tiró del gatillo.

Jules se zambulló materialmente en él aire justo cuando el arma comenzaba a tabletear. El alud de proyectiles pasó por encima de su cuerpo.

Drake apenas apuntó. Hizo un solo disparo y la cabeza del desconocido desapareció materialmente pulverizada por el proyectil explosivo.

Maldiciendo, el francés se levantó.

—¡Condenación! —bramó—. Olvidé que nos hemos convertido en una manada de chacales. No me acertó de milagro.

Se acercaron al caído. Los pedazos de uniforme que colgaban de sus miembros pertenecían a un soldado francés. Llevaba aún en la muñeca derecha la chapa metálica de identificación y la examinaron sólo para comprobar su nacionalidad.

—No hay duda —refunfuñó Jules—. Era una compatriota mía. Y sin embargo, quiso matarme cuando le hablé…

Drake dio la vuelta al cuerpo, examinándolo. Sobre el vientre se veía perfectamente una herida renegrida.

—Vaya cura de caballo debieron hacerle —comentó Pietro—. Esa herida apenas si cicatrizó. Sin embargo, el fulano estaba bien curado,

porque se movía como un rayo a la hora de disparar.

George Drake se había arrodillado en el suelo y examinaba el cuerpo pulgada a pulgada. Para ello incluso lo libró de los harapos.

—¿Qué diablos buscas? No tiene señales personales, sólo la chapa de identificación.

—Ésa herida —gruñó el inglés—. ¿Te parece poca identificación?

—¿Identificación? No veo adonde quieres ir a parar.

—Nadie con una herida semejante y mal curada de ese modo habría vivido más allá de una hora.

—Este estaba vivo y bien vivo. Aún me parece estar oyendo el silbido de los proyectiles sobre mi cabeza.

—Eso ya lo sé, pero apenas si se cerró el orificio de la bala que le pegó en la barriga. Los bordes de la herida están como cauterizados. Y no ha sido intervenido para extraerle el proyectil, lo que quiere decir que aún lo lleva dentro.

—Sí que resulta asombroso...

—Un fenómeno muy extraño —opinó Pietro, perplejo.

De pronto, Jules exclamó:

—[Maldito sea el infierno! Por eso le disparaste a la cabeza, y una sola vez. Querías ver si llevaba alguna otra herida en el cuerpo.

—Poco más o menos, ésa era mi idea.

—Ya me sorprendió que pudiendo acribillarlo, te arriesgaras a dispararle a la cabeza. Pero, ¿por qué, Drake, cómo sabías que el fulano ya había sido herido tiempo atrás?

—No lo sabía.

—Bueno, digamos que lo sospechabas.

—Tenía en cuenta la posibilidad de que así fuera. Por eso vine a esta región, para comprobar este asunto. Otro individuo con una herida semejante en el pecho que le atravesaba el pulmón, me persiguió hace una semana... y casi le salió bien. Me tuvo acorralado hasta que conseguí matarle.

—Era lo único que faltaba en esté cementerio —refunfuño Pietro, estremeciéndose—. Que hasta los muertos se levanten y sigan la guerra por su cuenta.

—Yo no dije que ninguno de los dos estuviera muerto —puntualizó Drake, sombrío.

—Pero por lo menos en éste, la herida era mortal de necesidad. Debía andar dé aquí para allá con las tripas hechas un colador.

Cortando la conversación, George Drake dispuso:

—Buscaremos un lugar abrigado y acamparemos aquí de momento.

—Tanto da un sitio como otro. Pero, ¿por qué éste?

—Porque quizá queden otros tipos como éste…, y si es así, quiero cazar a alguno vivo.

No se atrevieron a discutir. De momento, el inglés significaba su fuente de suministro.

CAPITULOIII

La mujer mayor se llamaba Irma, llevaba el cabello largo y. lacio, y en sus ojos había una mirada sombría y muerta como si yá hubiera visto todo lo peor de este mundo. Y, realmente, ella creía que ya no le quedaba por ver ningún horror ni en la tierra ni en el infierno.

Tendida a su lado, chupando una raíz ácida que provocaba muecas en su rostro sucio de sudor y de polvo, otra mujer de apariencia un tanto más joven miraba la oscura nube que flotaba entre la tierra y el cielo.

—Me pregunto por qué el destino nos respetó la vida —dijo de pronto Irina—. Es un absurdo si tenemos en cuenta que de la humanidad ya no queda nada.

—Por lo menos, quedamos nosotras cuatro.

—¿Adónde han ido esas dos tontas?

—No lo sé. Dijeron que querían orientarse. Cualquiera diría que hay algún lugar adonde ir.

—Si lo piensas bien, hay infinidad de lugares. Todos son nuestros ahora. Bueno, nuestros y de los escasos supervivientes de los ejércitos, si es que queda alguno, cosa que dudo.

—¡Ojalá ardan todos en el infierno! —los dientes de la joven rechinaron salvajemente.

Irina ladeó la cabeza, mirándola con una expresión de fastidio.

—No vale la pena ni pensar en el pasado —dijo.

—¿Es que tú puedes olvidarlo?

—No es fácil, pero si no pudiera quitarme de la cabeza todo lo que he soportado, ya estaría loca.

—Quisiera...

—¿Qué?

La más joven se incorporó. Sus ojos apagados habían cobrado un brillo salvaje.

—Quisiera tener todo el poder del infierno en mis manos —dijo rechinando los dientes—. Un poder que me permitiera destruir a todos los hombres que aún quedan con vida, en cualquier lugar de la Tierra… poderlos despedazar con una sola palabra… Aunque quisiera verlos retorcerse también, o arder en una hoguera… los malditos…

—Tú estás realmente loca, Marlene —explotó Irina.

—¡Todas estamos desgarradas! ¿Cómo te sientes tú después de cuanto hemos sufrido?

—Me lo tomo con cierta filosofía, hijita. No sirve de nada lamentarse. Además, ninguna de nosotras vivirá lo bastante como para que las cicatrices endurezcan. Mira esa nube, piensa en las radiaciones…

Marlene se inclinó sobre ella, mirándola con aquellos ojos de alucinada.

—Pienso en otras cosas…

—¿Qué cosas?

—Eran muchos… sucios, contaminados… bestias salvajes…

—¡Deja ya de hablar de eso!

—¡No puedo! ¿Es que ni siquiera has imaginado por un instante que podemos estarencinta?

Irina arqueó las cejas y volviéndose se apoyó sobre un codo mirando a su compañera.

—Esta es una idea estúpida —murmuró.

—¿Qué clase de monstruos nacerían en este caso? ¡Piénsalo y luego háblame de filosofías…

—No puede ser… no es posible —susurró Irina sin tiendo escalofríos ante la idea—. ¿Es que tú…?

—No lo sé. Es pronto todavía.

—Me mataría —dijo Irina de pronto.

—Fue una monstruosidad lo que hicieron con nosotras… Tú y yo, y Gianna…

—Gianna y Annetta tuvieron mejor suerte.

—No demasiada —rio amargamente y añadió—: De cualquier modo no quiero pensar...

La otra se encogió de hombros.

—Quieras o no el asco, el horror y la náusea están dentro de ti y de mí. Mira, ¿sabes lo que pienso?

—Acabas de decírmelo. El poder del infierno y todas esas tonterías...

—Es otra cosa.

—Pues descansa, hijita. Lo cierto es que no acabas de...

Interrumpiéndola, su compañera prosiguió:

—Pienso que sería una gran cosa que estallara ahora otra bomba aquí mismo. Ni nos daríamos cuenta y todo habría terminado.

—Ya no quedan bombas. Oí las últimas noticias antes de que la emisora se fuera al cuerno...

—Era sólo una manera de hablar. ¿Dónde demonios se habrán metido las otras dos?

—Déjalas. Ellas aún creen en la esperanza. Piensan que por alguna clase de milagro van a vivir.

Callaron como si ambas quisieran sumergirse en sus sombríos pensamientos.

A su alrededor se extendía la desolación, las ruinas de una naturaleza muerta. Y el silencio tan absoluto que casi dañaba los oídos.

Y de ese silencio surgieron los pasos.

Las dos mujeres se miraron sobresaltadas. Aquéllos no eran los pasos de sus compañeras, sino que pertenecían a pies calzados con botas pesadas del ejército... de cualquier ejército.

—¿Oyes? —musitó Marlene.

—¡Silencio!

De entre los ingentes amontonamientos de tierras convulsionadas, troncos renegridos y ruinas vieron surgir a los tres hombres.

Las mujeres abrieron la boca con horror, pero ni siquiera la voz llegó a sus contraídas gargantas.

Los aparecidos eran imágenes de pesadilla.

Dos llevaban los restos de sus uniformes franceses, y el tercero era sin duda ruso a juzgar por sus ropas casi intactas.

Los dos franceses tenían los uniformes rígidos por la sangre seca. Uno mostraba una herida atroz en un costado, casi negra.

El otro había sido alcanzado en el estómago y la carne allí era un revoltijo informe mezclándose con jirones de su propia ropa. No obstante, los dos se movían con agilidad aunque con cierta rigidez. Sus caras demacradas semejaban máscaras carentes de expresión excepto en los ojos vidriosos de mirar diabólico. Pero lo peor era el ruso, cuya cara apenas conservaba la forma humana, rota por una herida terrible que le había arrancado el ojo izquierdo y parte del pómulo del mismo lado.

También éste caminaba erguido, y su único ojo daba la sensación de poseer tal poder de penetración que ambas mujeres sintieron que las atravesaba de parte a parte cuando las descubrió.

El ruso gruñó una suerte de grito inarticulado, señalándolas.

Los otros dos se inmovilizaron, mirándolas. Luego, cautelosamente,volvieronaavanzar.

Sólo uno de los franceses llevaba arma automática, un ametrallador con el que apuntó a las dos aterrorizadas mujeres. El ruso empuñaba un machete y el tercero mostraba las manos desnudas.

Volvieron a detenerse a pocos pasos de distancia. El ruso dio una voz que ellas no entendieron, gutural y bronca. Hizo señas de que se levantaran. Su espantosa cara se contrajo como si fuera a caer en pedazos.

Irina y Marlene se incorporaron lentamente, horrorizadas, temblando. Por entre los labios rígidos, Marlene musitó:

—¡Otra vezno, por favor... otra vez no...!

El ruso se adelantó con cautela, examinándolas con su único ojo. De nuevo su voz gutural dijo algo que a ellas les sonó como un zumbido monótono y sin sentido.

Repentinamente, los nervios de Marlene estallaron, emitió un agudo aullido y girando velozmente echó a correr gritando como una loca.

El ruso saltó hacia ella. Pareció como si volara con sus enormes y ágiles saltos. Volteó el machete y Jo dejó caer con un golpe salvaje que partió en dos la cabeza de la mujer con tanta facilidad como si hubiera sido de mantequilla.

Irina rugió de ira y de pánico, pero obrando bajo el ciego impulso del odio se precipitó contra el ruso sobre el que cayó cuando giraba en redondo. Los dedos como garras de la mujer se hincaron en los restos de su cara, desgarrándola sin dejar de chillar.

Los dos rodaron por el suelo. Irina parecía una fiera desencadenada, enloquecida.

El francés que empuñaba la metralleta bajó un poco el cañón y apretó el gatillo. Hubo un largo trueno y el alud de proyectiles atravesó los dos cuerpos enzarzados en la desigual batalla,

Irina sufrió una larga crispación, rodó a un lado y quedó casi abrazada a su compañera ya muerta.

El ruso acusó el impacto de las balas en la espalda. Soltó el machete y apoyó las manos en el suelo mientraslos otrosdos corrían hacia él.

En la espalda se distinguían claramente los orificios de los proyectiles. Débiles regueros de sangre comenzaban a manar por ellos, convirtiendo en rojizo barro el polvo acumulado sobre las ropas y el cuerpo.

El de la metralleta se inclinó sobre él, agarrándole por el hombro. El ruso ladeó la cabeza y dejó oír de nuevo aquella voz que no lo era y que surgía como un gruñido por el enorme desgarrón que era la boca.

Y entonces se levantó, recuperando el machete. Las uñas de Irina habían dejado profundas huellas de su paso por aquella máscara sangrienta.

Fue en ese instante que surgió el alarido a su izquierda. Un grito de

pavor incontrolable que expresaba todo el terror del infierno.

Los tres se volvieron en redondo. Una mujer corría frenéticamente, alejándose entre alaridos, manoteando como si quisiera librarse de una pesadilla.

La metralleta tableteó una vez más, ronca, atronadora en el inmenso silencio, y la fugitiva dejó de manotear, doblándose y girando. Por un instante sus ojos desorbitados de horror aún pudieron ver a sus verdugos. Luego, se desplomó y quedó inerte, un jalón más de la desolación y la ruina.

Los tres hombres se desentendieron de las dos primeras y caminaron hacia la tercera. Estuvieron unos instantes examinándola, agazapados junto al cuerpo.

Al fin, miraron en torno como para orientarse; el ruso señaló en una dirección determinada y sin una palabra echaron a andar resueltamente, alejándose de sus víctimas. Sólo quedó el silencio y la muerte.

Al fin, de entre un montón de escombros se irguió una cabeza cuyos largos cabellos eran un amasijo de sudor y de polvo. La cabeza de una mujer de mirada demencial, desorbitada, que se levantó poco a poco, semejante a un autómata.

Aquellos ojos que habían visto el infierno miraron a las mujeres muertas. Los labios le temblaban y se tambaleaba.

Cuando las piernas parecieron afianzarse un poco más, ella echó a andar en dirección opuesta a la que tomaran los asesinos. Fue acelerando el paso, gimoteando, ahogada en sollozos sordos, hasta que finalmente emprendió una desordenada carrera, a trompicones, sin rumbo y casi sin fuerzas, sólo empujada por el pánico y la pavorosa experiencia que dejaba atrás...

CAPITULOIV

Corría por inercia, por puro instinto animal de conservación.

No sabía cuánto tiempo llevaba con la agotadora carrera, tropezando, cayéndose, levantándose, lloriqueando presa de histeria.

Luego, de pronto cuando la luz era ya gris y tan sucia como la nube mortal que cubría la tierra, una figura surgió de la nada y saltó sobre ella, sujetándola violentamente. Gianna emitió un grito ronco y se desmayó.

Pietro la sostuvo entre sus brazos, perplejo.

—¡Que me ahorquen! Se ha desmayado —dijo.

Julien y el inglés aparecieron por entre los montones de cascotes.

—Se ha desmayado al verte la cara... No eres un adonis precisamente...—gruñó Julien.

—Mírate a un espejo y... ¡qué chica! —dijo de pronto, dejándola en el suelo suavemente, porque sus escasas fuerzas estaban traicionándole.

George Drake murmuró:

—Es realmente hermosa, a pesar de su rostro demacrado...

—Del modo como corría debía venir de muy lejos... iba a trompicones, a punto de caerse.

—Quizá la perseguían —aventuró Julien.

Instintivamente, alzó el cañón del ametrallador. Drake dijo:

—No se oyenlos pasos de nadie más acercándose...

Se arrodilló junto a la muchacha y alzándole la cabeza le obligó a beber los últimos sorbos de coñac que quedabanensu cantimplora.

Gianna tosió débilmente. Jadeó casi ahogándose y al fin abrió los ojos. Vio la escafandra del inglés y emitió un quejido.

—Está aterrorizada —masculló Pietro.

—¿Se siente usted bien, puede hablar? —indagó el inglés, tratando de no forzar su voz, amplificada por el mecanismo del casco.

Gianna se dio cuenta de que aquellos hombres, por el momento, no pensaban hacerle ningún daño, ni maltratarla, ni violarla...

—Sí... yo...

—Díganos su nombre.

—Es italiana —dijo Pietro, alegremente sorprendido. —Gianna.

—Bien, Gianna No tenga miedo. ¿Qué la impulsó a correr de ese modo, de quién huía?

Un chispazo de pánico pasó por su mirada. Todo su cuerpo se estremeció.

—¡Dios!Fue espantoso... una pesadilla,..

—Cálmese. Sea lo que fuere, ya pasó.

—Aquellos hombres...

—Nos lo contará cuando se haya calmado.

Dejaron transcurrir unos minutos en silencio. Julien se recostó contra un pedazo de muro derruido y esperó mirando asombrado a la muchacha.

De pronto cayó en la cuenta del tiempo que había pasado desde la última vez que tuviera a una mujer entre los brazos. Casi lo había olvidado, sumergido en la vorágine de aquella mortal pesadilla.

—¿Quiénes son ustedes? Nosotras pensábamos que ya..., ya no quedaba nadie vivo... —murmuró al fin Gianna.

—¿Es que no está usted sola?

—Ahora sí, pero...

Su voz se ahogó. Tardó una eternidad en reunir fuerzas suficientes para hablar de nuevo, y entonces relató entre sollozos el espanto que había vivido, oculta y casi muriéndose de horror al presenciar la masacre de sus compañeras y todo lo demás.

George Drake la escuchó sin interrumpirla. Los otros dos estaban

tan estupefactos que tampoco pronunciaron una palabra.

Después, elinglés gruñó:

—Así que esos hombres que vio...

—¡Eran monstruos! —le interrumpió ella—. No podían ser humanos...

—Ya hemos visto otros semejantes. ¿Está segura de que los disparos alcanzaron al que mató a su amiga?

—¡Oh, sí...! Le vi los agujeros de las balas* en la espalda...¡Pero se levantó otra vez y echó a andar!

—Esto es cosa del diablo, seguro —refunfuñó Pietro.

—No digas tonterías. Tú viste lo que pasó con el que hube de matar...

—¡Ya lo creo que lo vi! Un tipo más muerto que Matusalén, y andaba como un gamo... Y ahora sabemos de tres más, y uno de ellos con la espalda acribillada a balazos que no le hicieron ni cosquillas, aparte de lo que ya llevaba en la cara, según dice Gianna. Esos tipos debieran estar muertos. Mejor dicho, están muertos, aunque por alguna clase de milagro han vuelto a Ja vida.

Desde donde estaba, Julien comentó con sarcasmo:

—Después de todo lo que hemos visto tú y yo, no vayas ahora a creer en fantasmas y aparecidos.

—¿Quieren decir que esos hombres resucitaron? —balbució Gianna.

—No lo sabemos —dijo Drake—. Aunque no puede tratarse de ningún milagro. Quizá la inmensa cantidad de radiaciones haya producido alguna suerte de mutación de la naturaleza, cualquiera sabe. De cualquier modo, esos hombres, no importa a qué bando hayan pertenecido,ahora son simples matarifes...

—Nosotras habíamos creído que la guerra había terminado al extinguirse los ejércitos, las armas, las bombas... Creíamos que ya no quedaba nada... ni nadie —susurró Gianna.

—¿Cómo se salvaron ustedes?

Una nube pareció velar los hermosos ojos de la muchacha.

—Nos capturaron hace semanas. Había un refugio subterráneo y nos encerraron en él… éramos un grupo de once mujeres. Sólo quedamos cuatro. Eran como bestias salvajes. Luego, hubo una batalla y pudimos escapar.

George Drake cabeceó comprendiendo sin palabras el infierno que aquellas desgraciadas habían soportado. Cambió de conversación.

—¿Sabe usted la dirección que tomaron los asesinos?

—Se dirigieron al noroeste creo… Yo estaba tan enloquecida, pegada a la tierra, que no me fijé. Sólo deseaba que se alejaran.

—¿Cree que podría guiarnos hasta donde sucedió todo eso?

—¿Volver allí?

—Y perseguir a los asesinos.

—No podrían alcanzarlos… deben estar ya muy lejos. Después de todo, ya ni siquiera vale la pena de hacer justicia, o vengar a Irina y las demás… ¡Han muerto tantas mujeres… y hombres…!

—No estoy pensando en la venganza precisamente, Gianna —rebatió George—. Todo lo que quiero es capturar a alguno de esos individuos, vivo.

—No podrá… Matan como si eso fuera lo único que les importa en este mundo. No vacilan, no titubean… Sólo matan.

—Sin embargo, quiero alguno vivo.

—Está bien, puedo encontrar el sitio donde mis amigas yacen muertas y sin enterrar. Pero en cuanto a los hombres…

—Yo sabré encontrar su rastro, no se preocupe. Saldremos en cuanto hayas descansado un poco. De todos modos, no podemos dejarte… Una mujer sola, vagandosin rumbo, no viviría mucho en las actuales circunstancias.

Ella asintió. Estaba tan agotada que el cansancio alejaba incluso el miedo que la dominaba. Se tendió en el suelo y quedó dormida casi al instante.

Los tres hombres se quedaron atónitos, mirándola, apenas cubierta

por un vestido hecho puros harapos. Después, se apartaron y cada uno buscó un lugar donde descansar también. Y así cayó la noche.

CAPITULOV

Los tres contemplaron sin aparente emoción los cuerpos de las tres mujeres. No era un espectáculo agradable, pero los habían visto mucho peores y ya ni siquiera pudieron experimentar la menor piedad.

Sólo Gianna estalló en llanto y se volvió de espaldas.

—¿Qué hacemos, las enterramos? —rezongó Drake.

—¿Para qué? Hay centenares de miles de cadáveres esparcidos por toda la tierra. Dos o tres más no aumentarán la peste, ni la disminuirán enterrándolos.

George, encogiéndose de hombros, se acercó a la muchacha.

—¿Hacia dónde se marcharon los asesinos de tus amigas?

Ella señaló la dirección, incapaz de hablar.

El inglés tendió la mirada por el paisaje convulsionado.

—¿Alguien sabe si hay alguna población más o menos cercana en esa dirección? —indagó.

—Había una... Martielle creo, aunque no estoy seguro del nombre. Estuvimos allí antes de la última batalla —dijo Jules.

—Entonces, quizá esos individuos se detengan en las ruinas. Eso nos daría una oportunidad de cazarlos.

Julien se apoyó en el ametrallador. En sus ojos apagados había una mirada inquieta.

—No estoy seguro de que quiera ir en su busca —murmuró, pensativo.

—¿De qué estás hablando? —exclamó George Drake.

—Sé que voy a morir tarde o temprano. Lo siento en la sangre. Pero detesto que me conviertan en una piltrafa. Quiero morir de una pieza, y esos tipos son carniceros sin escrúpulos. Por lo que sabemos, ni las balas pueden acabar con ellos.

—Estuve pensando sobre eso. Gianna dice que vio levantarse al

ruso, a pesar de llevar varios proyectiles en la espalda. Pero tú viste al que yo acerté en la cabeza. Cayó fulminado y ya no se movió más. Eso quiere decir que «sí» son mortales. ¿Comprendes? Podemos enfrentarnos a ellos como a cualquier otro ser humano.

Julien titubeó. Miró a la muchacha, semidesnuda, con su vestido hecho girones. Tendió luego la mirada hacia la llanura calcinada y convulsionada y acabó encogiéndose de hombros.

—De acuerdo —gruñó—, vamos a ver en qué acaba todo esto. Organizaremos una expedición de caza, si es que podemos descubrir las huellas de esos bastardos…

Drake suspiró, aliviado.

—Tomaron esa dirección —señaló—, las huellas estarán en la tierra, blanda y revuelta.

Pietro y Julien empezaron a rastrear el terreno mientras la muchacha descansaba. George Drake les imitó. Se movía con suave agilidad, como si sobre su cuerpo el peso del complicado equipo apenas significara nada.

—Yo no veo huellas de ninguna clase —refunfuñó Pietro.

George Drake se detuvo a corta distancia.

—Aquí están —dijo—. Será fácil seguirlas.

Se acercaron a él. Las huellas eran apenas visibles en la tierra revuelta. Pietro se rascó el cogote.

—Yo pasé antes por aquí y no vi nada… ¿Cómo infiernos has podido descubrirlas tú?

—Suerte —gruñó Drake encogiéndose de hombros.

—¡Qué suerte ni qué…! Se me ocurre que tienes unashabilidades muy raras, amigo y eso empieza a preocuparme.

—¿Vamos a seguirlas o desperdiciamos el tiempo discutiendo?

El francés y el italiano cambiaron una mirada inquieta. Al fin, Julien murmuró:

—Adelante, inglés. Veremos en qué para todo esto… porque la idea de enfrentarnos a esos matarifes me inquieta cada vez más.

Drake se aproximó a la muchacha y con un gestó la ayudó a levantarse.

—Cuando se sienta demasiado cansada, dígalo —le recomendó.

Echaron a andar en fila india, con George abriendo marcha, siguiendo las huellas como un sabueso. No vacilaba. Era como si cada muñón de tierra revuelta, cada invisible pisada, fueran tan claros para él como un mensaje escrito.

Deteniéndose sólo para dar descanso a la agotada Gianna, caminaron durante horas y horas, viendo oscurecerse el mundo con el crepúsculo.

Luego, al llegar la noche, acamparon junto a un roquedal.

Las provisiones de Drake se extinguían y dieron cuenta de ellas con aprensión porque ninguno sabía dónde y cuándo podrían conseguir otras.

George, sentado al lado de Gianna, murmuró: —¿Se siente mejor?

—Sí… ahora sí. Ustedes me han devuelto la vida, la fe en el ser humano…

—Comprendo que pasó por experiencias terribles, pero cada upo a su modo también ha vivido un infierno. Es preciso reaccionar porque abandonarse a la fatalidad sólo conduce a la locura o la muerte.

—Ahora puedo comprenderlo.

—¿Y puede incluso pensar en lo que vio sin ponerse histérica?

Ella ladeó la cabeza y le miró con sus grandes ojos desolados.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque necesito hacerle una pregunta sobre los hombres que mataron a sus amigas y no quisiera que se desmayara otra vez.

—Podré soportarlo.

—Está bien, Gianna. Ellos eran tres, de modo que de alguna manera debían comunicarse entre sí. ¿Les oyó hablar, pudo oír lo que dijeron al descubrir a las mujeres?

—No…, no creo que pronunciasen ni una palabra. Excepto el ruso

tal vez..., aunque sólo le vi de lejos. Pero su voz llegó hasta mí sin ningún sentido. No parecía siquiera una voz.

George reflexionó unos instantes.

—Trate de concretar más, por favor... ¿Qué fue lo que usted oyó?

—La voz era un sonido monótono..., no tenía inflexiones ni parecía formar palabras. Aunque le repito que yo estaba muy apartada de ellos. Pudo haber hablado sin que yo comprendiera sus palabras. Y menos si habló en su idioma... El ruso es un idioma desconocido para mí.

—Hemos de presumir que también lo fuera para los dos franceses que le acompañaban —murmuró Drake, pensativo—. Entonces, ¿cómo demonios lograban entenderse?

—No lo sé. A aquella distancia sólo me pareció un zumbido.

—Olvídelo. Trate de descansar y mañana se sentirá mejor. No tiene nada que temer mientras se encuentre entre nosotros.

Ella trató de sonreír y sólo obtuvo una amarga mueca. Pero recostándose en el suelo, cerró los ojos y quedo dormida al instante.

Julien gruñó cuando el inglés fue a reunirse con los dos hombres.

—¿Cree que el tipo habló en ruso?

—No puedo saberlo. Ya oíste lo que ha dicho Gianna... estaba lejos del grupo para estar segura de nada.

—Esos fulanos cada vez son más interesantes —opinó Pietro ahogando un bostezo—. Y hablando de otro asunto, ¿cómo vamos a conseguir provisiones?

Julien señaló al inglés:

—Ahí tienes al encargado de solucionar los problemas...

Drake esbozó una mueca a través de la mirilla del casco.

—Cuando sea el momento, solucionaré también este asunto —dijo, como si la cosa no tuviera la menor importancia—. Ahora es mejor que todos intentemos dormir un poco.

Tendiéndose en el suelo dio el ejemplo, de modo que los otros dos

sobrevivientes de la catástrofe mundial no tuvieron más remedio que imitarle.

***

Les despertó un extraño y potente zumbido que por instantes pareció llenar el cielo y la tierra.

Sobre sus cabezas flotaba la negra nube de polvo radiactivo. Todo el inmenso silencio de la desolación y la muerte seguía señoreando sobre la tierra, y ese silencio era roto por el sonido que a cada segundo se intensificaba monstruosamente.

Pietro gruñó:

—Maldito si lo entiendo..., ya no quedaban proyectiles.

—Alguien debe estar fabricando más —dijo Julien sin apasionamiento alguno.

El inglés se incorporó, rígido, mirando a lo alto, mientras la muchacha se estremecía cerca de él.

El zumbido pasó y sé alejó a una velocidad increíble, hasta desvanecerse de pronto en la lejanía invisible.

—Es la tercera vez que oigo ese ruido —masculló Drake, preocupado e inquieto—. No son cohetes explosivos porque no les sigue ningún estallido, a menos que vayan a explotar al otro extremo del mundo. Pasan como rayos y se desvanecen...

—Nosotros también lo oímos poco antes de que tú aparecieras. Eso quiere decir que la guerra continúa. ¿No piensas lo mismo?

—Tal vez sí, pero en todo caso me gustaría saber quién queda aún para seguir haciendo la guerra. De cualquier modo, van a explotar tan lejos que ni siquiera oímos el estallido, así que no deben preocuparnos de momento.

—A mí me preocupan —refunfuñó Pietro—, en cuanto a que significan una prolongación de este infierno. Todos creíamos que ya no quedaba nada ni nadie en disposición de guerrear. Los ejércitos se habían aniquilado sistemáticamente hasta desaparecer... Todo fue

arrasado, especialmente las fábricas de armas, los silos de cohetes, los grandes depósitos de municiones... Y, por supuesto, las ciudades. Entonces, ¿quién dispara esos artefactos, dónde estallan, contra qué se dirigen, si no queda nada de nada?

Ninguna de esas preguntas obtuvo respuesta, porque no podía tenerla.

Dieron cuenta de las últimas galletas duras que quedaban y tras esto reemprendieron el camino, siempre siguiendo el rastro de los tres monstruosos asesinos de las mujeres.

Drake parecía más sombrío que de costumbre y apenas si despegaba los labios de vez en cuando. La muchacha caminaba sumida también en sus amargos recuerdos, indiferente a su semidesnudez, al cansancio incluso a la cercana y reconfortante presencia de ésos nombres que la habían amparado en medio de la desolación, el desespero y la muerte.

Era casi el mediodía cuando ante ellos aparecieron los restos de la población. O de loa que una vez fuera una población: Martielle.

CAPITULOVI

Se detuvieron en medio del caos de ruinas y atisba-ron alrededor.

No se distinguía movimiento alguno. Ni siquiera los supersensibles auriculares amplificadores de Drake lograron captar rumor alguno.

—Si pasaron por aquí, no se detuvieron —comentó Pietro, recostándose contra los restos de una fachada—. Esos tipos deben vagar sin rumbo fijo, de modo que nunca los encontraremos.

Exhausta, Gianna murmuró:

—No puedo más... Voy a quedarme aquí, George.

—¿Cómo piensas sobrevivir sola, sin recursos, sin comida?

—No me importa ni vivir ni morir. Todo lo que deseo es acabar de una vez, librarme del miedo, del cansancio, del asco de mí misma...

—¿Y crees que conseguirás todo eso quedándote en este cementerio —terció Jules de mal talante.

—Todo el mundo es un gran cementerio —murmuró la muchacha.

—Del que los muertos se levantan para seguir matando por su cuenta —exclamó Pietro—. ¿Has pensado en eso, pequeña?

—Losmuertosno puedenlevantarse —gruñó Drake—. Pensar esa tontería es crearnos un falso espíritu de derrota, un mundo de pesadilla mucho más terribleque el que ya nos rodea. Estamos vivos, hemos de permanecer unidos y tal vez así logremos alguna esperanza.

—Pero esos tipos también son una realidad y están vivos.

George titubeó. Pareció a punto de hablar, pero en el último instante, decidió mantener la boca cerrada. Imitando a sus compañeros, se dejó caer sentado sobre las ruinas y descansó.

Unos minutos después, Jules dijo:

—Aquí hay casas que aún se sostienen, más o menos enteras. Quizá encontremos algunas provisiones. Habría que explorarlas.

—Lo haremos, pero sin separarnos —decidió el inglés—. Un hombre solo es más vulnerable que si vamos en grupo.

—¿Sigues pensando que los tres matarifes están aquí?

—Es imposible saberlo. Las huellas terminaban entre esas ruinas, de modo que por lo menos llegaron aquí. Si se quedaron o siguieron su camino es un enigma. Cuando hayamos explorado la ciudad podremos saberlo.

Repentinamente, Julien dio un respingo.

—¡Eh, un momento! —exclamó—. Creo que tengo una idea del paradero de esos fulanos.

—¿De veras?

—Gianna dijo que a uno de ellos le habían acribillado la espalda. Por alguna clase de milagro se levantó y siguió a sus dos compinches. ¿No es cierto?

—Por supuesto.

—Aja. Cómo pudo levantarse es un misterio para mí, pero de lo que sí podemos estar seguros es de que estaba herido. Bueno, había un hospital en esta ciudad... un buen hospital. Quizá se dirigieron a él para curar al ruso.

—Es una idea, desde luego —refunfuñó Pietro.

George Drake se levantó.

—Y muy buena —dijo—. Sea por lo que sea que viven a pesar de sus terribles heridas, no creo que puedan ir muy lejos si se quedan sin sangre en el cuerpo. Y tú viste la sangre en las heridas, ¿no es así, Gianna?

—Sangraba por cada agujero de bala...

—Entonces, busquemos ese hospital —decidió el inglés.

—Estaba al otro extremo de la población —señaló Julien, excitado ahora ante la posibilidad de entrar en acción—. Suponiendo que quede algo de él...

Echaron a andar atravesando casi toda la ciudad. Aquí y allá quedaban aún algunos edificios de pie, aunque con evidentes destrozos en sus fachadas y techumbres.

El hospital se alzaba aún, semiderruido, pero con algunos

pabellones en buen estado, en medio de lo que fuera un extenso prado, ahora sembrado por los muñones renegridos de los árboles astillados.

Los tres hombres se detuvieron a corta distancia y George gruñó:

—Tiéndete ahí, detrás de ese tronco, y espera nuestro regreso. No te muevas pase lo que pase. ¿Has entendido, Gianna?

La muchacha asintió. Les miró uno a uno con sus grandes ojos profundamente tristes.

—Si no regresa ninguno, quiero recordar vuestras caras mientras viva... las caras de los únicos hombres decentes que he encontrado en mi vida...

—No digas tonterías. Regresaremos —bufó Pietro.

Penetraron por un enorme boquete del muro. Las camas estaban revueltas, tumbadas, algunas amontonadas. Girones de ropas, mesillas de ruedas...

Pero ni el menor rastro de cadáveres ni de seres humanos.

Exploraron con cuidado, internándose por los interminables pasillos y las desoladas salas. Cuando llegaron a las oficinas de la administración estaban cansados y cubiertos de polvo.

—No veo el menor rastro de la presencia de esos tres tipos... Quizá ni siquiera se acercaron aquí —gruñó Pietro.

—Aún queda bastante por explorar. Sigamos.

Drake reanudó la marcha. Descendieron a un sótano, donde debió estar instalado el depósito de cadáveres y las salas de disecciones a juzgar por los restos que vieron.

En la reducida oficina, el inglés se detuvo largo tiempo examinando documentos y libros de anotaciones, mientras sus dos compañeros iban de un lado a otro buscando rastros de sangre reciente, o trapos en los que hubiera también sangre procedente de las heridas del ruso.

—¡Julien! ¿Recuerdas cuándo tuvo lugar la batalla que arrasó esta ciudad? —exclamó George súbitamente.

—A últimos de enero, hace ahora siete meses poco más p menos.

—¿Y cuánto tiempo duró?

—No lo sé... por lo que oí, no fueron más de dos o tres días. ¿Por qué tanto interés?

—Venid aquí.

Drake sostenía un libro grueso, de tapas negras y rígidas.

—Es el registro del depósito de cadáveres —explicó—. El tipo que lo llevaba era muy meticuloso. Hay anotaciones hasta el día treinta de enero... cuando la batalla debía estar finalizando, con la ciudad ya arrasada.

—¿Y qué con eso? Debió tener un trabajo endiablado porque le llegarían los muertos a paladas...

—No lo entiendes... Nadie contabilizó los muertos en los combates. Sólo los que le eran entregados aquí, en el depósito. Fíjate... hay detalles de las causas de la muerte, clase de heridas, hora de entrada en la cámara frigorífica; los nombres y objetos personales. Esos muertos debieron fallecer en el hospital.

—Sigo sin entender lo' que encuentras de interesante en este libro...

—Tú dices que la batalla tuvo lugar a finales de enero y que duró dos o tres días... Las últimas anotaciones del registro corresponden al día treinta de dichomes. En ese día ingresaron en el depósito once cadáveres, algunos de ellos muertos por enfermedad, aunque la mayoría por heridas sufridas en los bombardeos... La última anotación indica las tres y nueve minutos de la tarde...

—¡Maldita sea! ¿Y qué con eso?

—Los once cadáveres debieron quedar aquí cuando se produjo la desbandada general, con la pulverización de la ciudad, el caos, la lluvia de bombas, el arrasamiento total... No quedó nadie en la ciudad.

—No comprendo...

—¿Quién se tomó la molestia de llevárselos? Las camillas del frigorífico están vacías. No hay el menor rastro de cadáver alguno. En cambio, aún quedan carroñas entre las ruinas, restos humanos que nadie se tomó la molestia de enterrar. Esqueletos mondos y lirondos limpiados por las ratas y los perros famélicos y rabiosos... Pero los que

deberían estar mejor conservados porque ni los perros ni las ratas pudieron penetrar en el frigorífico, han desaparecido. ¿Cómo explicas eso?

Julien se rascó el cogote alborotando aún más su pelambreralarga e hirsuta.

—Bueno… no se me ocurre ninguna explicación.

Drake volvió a señalar las páginas del libro.

—Ninguno de esos once muertos tenía heridas en la cabeza —dijo con aire sombrío.

—¿Y qué importa…? ¡Cristo! —bufó Pietro—. ¿Quieres decir que los once resucitaron otra vez?

—Es una posibilidad, aunque detesto la palabra «resucitar». Un muerto no puede volver a la vida de ese modo.

—¡Condenación! Llámalo como quieras… Si esos tipos se levantaron y echaron a andar después de ser dados oficialmente por muertos, a mí me importa un maldito pimiento cómo lo llames. Todo lo que quiero es poner tierra de por medio entre ellos y yo.

La voz de Julien era tan aguda que casi parecía histérica.

Drake le miró con cierta ironía.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

—¡Claro que tengo miedo!

—¿Después de todo lo que has visto y sufrido, de cuanto llevas vivido en esta guerra?

—Hice la guerra cara a cara contra hombres semejantes a mí, que podían matar y ser muertos, que podían matarme a mí tan fácilmente como yo los tumbaba a ellos. Pero todo esto de ahora es distinto. Es… sobrenatural.

—Digamos que por el momento es sólo un misterio —rebatió el inglés sin alterarse—. Un misterio que debemos descubrir si queremos eliminar semejante amenaza.

Pietro terció:

—Si he comprendido bien, tú sugieres que sólo siguen viviendo los hombres que no murieron a causa de una herida en la cabeza.

—Hasta ahora parece lógico creerlo así.

—Pero Gianna dijo que el ruso tenía media cara hecha polvo —intervino Julien.

—La cara, sí. Pero la herida quizá no interesó el cerebro...

—¡Maldita sea mi estampa! El cerebro... eso es lo que tú imaginas que les hace vivir... ¡Pero hombre, tú estás loco de remate! Si el cuerpo muere, el cerebro se acaba también. No tiene poder por sí solo... no puede seguir pensando metido dentro del cráneo de un cadáver.

—Eso es lo que no sabemos. Todo ha cambiado últimamente. La atmósfera, las condiciones, de vida, la mutación absoluta de la naturaleza con un mundo arrasado y abrasado y con la tierra rebosando radiaciones. Esa locura puede haber transtornado incluso los sistemas vitales de las células humanas. O quizá hemos desatado sin saberlo unas fuerzas colosales que fueron desconocidas por el hombre hasta que nuestra propia demencia las liberó. Sea como fuere, estoy seguro de que por lo menos algunos de los cadáveres se han levantado y andan, y matan sin vacilar, insensibles a las propias heridas que les mataron a ellos.

Pietro había quedado mudo y no atinó a hablar.

Julien, por su parte, sacudió la cabeza cual si quisiera librarla de semejante pesadilla. Luego gruñó:

—De cualquier modo, no quiero entendérmelas con esos monstruos, o como diablos quieras llamarlos. Ya hice la guerra y sé que estoy podrido de radiaciones que me llevarán a la tumba. Es suficiente para mí.

—Supongamos que esos individuos, sean lo que sean, se apoderan del control de la tierra... Sería un mundo de muertos vivientes. Ellos dominarían a los que aún estamos vivos...

Se interrumpió cuando un grito lejano y agudo llegó hasta ellos, vibrando en el silencio como un clarín.

—¡Gianna! —rugió Pietro echando a correr hacia las escaleras.

Julien y el inglés le siguieron velozmente. Atravesaron las salas del hospital hasta encontrar el boquete por el que entraran y se lanzaron al exterior enfurecidos por los gritos de la muchacha, ahora mucho más próximos.

Vieron a dos hombres erguidos frente al tronco en que ella, se refugiara. Gianna estaba acurrucada en el suelo, chillando y estremeciéndose violentamente.

—¡Quietos ahí, no se muevan! —rugió Drake.

Los dos forasteros se volvieron al oírle.

Uno tenía la mitad del pecho convertido en un amasijo informe en el que se mezclaban girones de su uniforme, piel abrasada y un revoltijo de carne negruzca y al parecer cauterizada.

El otro, más alto y delgado, mostraba un agujero en la garganta, por el que debió pasar un proyectil de grueso calibre.

Ambos se quedaron mirando a los tres hombres con ojos desapasionados, inexpresivos. Sólo uno iba armado con metralleta. El más bajo empuñaba un sucio machete como si no supiera qué hacer con él.

Julien y Pietro se detuvieron a diez pasos de los desconocidos. Drake siguió avanzando unos pasos más y también se detuvo, vigilándolos con su «Stein».

—Suelten las armas —ordenó—. ¡Déjenlas caer al suelo o disparo!.

—¡Mátalos, mátalos...!—chillóGianna.

Estaba igual que loca, histérica por el pánico que le produjeran los dos desconocidos. El que empuñaba la metralleta la levantó poco a poco.

—¡Tire esa arma, no me obligue a matarle! —repitió George.

Ninguno de los dos replicó. Sólo le miraban con aquellos ojos aterradores.

Y de pronto el que empuñaba el machete se puso en marcha, levantándolo. Se movía con ligereza, aunque rígido como un palo. El otro acabó de elevar el cañón del ametrallador y tiró del gatillo.

Drake apenas si tuvo el tiempo justo de zambullirse en el aire,

cuando el alud de proyectiles pasó por encima de su cuerpo.

Con un grito, Pietro afianzó su propia arma y disparó salvajemente.

Julien vio venir al del machete. Rechinando los dientes, apuntó cuidadosamente con su propia «Stein» y tiró del disparador. Un terrible alud de plomo pulverizo materialmente la cabeza del adversario, que se derrumbó sin un quejido.

George Drake estaba gritando algo que se perdió en medio del estrépito de las armas.

El otro monstruoso aparecido recibió la andanada de Pietro y retrocedió bajo el embate de los proyectiles, tambaleándose, aunque sin derrumbarse todavía.

Drake seguía gritando al levantarse. Echó a correr hacia el desconocido en el instante en que éste se revolvía como una serpiente para apuntarle nuevamente con su ametrallador. Drake vio la muerte en aquellos ojos sombríos, en la actitud quieta y helada de aquel hombre...

Entonces, cuando ya el misterioso individuo se disponía a acribillarle, Pietro le voló la cabeza sin pensarlo dos veces y el hombre cayó fulminado. Tenía el resto del cuerpo convertido en una criba, pero ninguna de aquellas heridas que sangraban mansamente había podido derribarlo... Sólo los disparos en la cabeza habían conseguido acabar con él.

George Drake se detuvo, furioso y aliviado a un tiempo, porque en los últimos instantes había estado seguro de morir.

Luego, volviéndose, gruñó:

—¡Quería a uno vivo! ¿No pudiste apuntar mejor, Pietro?

—¡Claro que sí, y ya viste el resultado! Los balazos ni siquiera le produjeron cosquillas. Iba a matarle. ¿Lo has olvidado?

Drake carraspeó.

—No se les puede capturar vivos, Drake. 0 se les mata o le matan a uno. Ni siquiera razonan... —dijo Julien.

Gianna se apartó del árbol. Temblaba y estaba lívida.

—¡Ha sido espantoso! Aparecieron de pronto, silenciosos como

fantasmas…

—¿Cómo dejaste que te descubrieran? Tú estabas bien oculta.

—No comprendes, George… Ellos señalaban el hospital, se dirigían hacia allí. Pensé que os habían descubierto y chillé para preveniros. No podía hacer otra cosa…

—Ya veo… Buena chica. Si nos hubiesen sorprendido quizá ninguno de nosotros estuviera vivo ahora.

—Pero, George, ¿quiénes son esos monstruos? —balbució la. muchacha.

—Quisiera saberlo, deveras.

Se inclinó sobre el más próximo de los cuerpos. Su examen no le reveló nada que no supiera ya.

Pietro recargó la metralleta y comentó dirigiéndose a Julien:

—Empiezo a comprender las extrañas palabras de aquel moribundo, cuando nos pidió que matásemos alos muertos. Y ahora creo que si algo no los destruye, ellos serán los amos de la tierra.

—Afortunadamente, nosotros ya no lo veremos. No creo que nos quede mucho tiempo de vida.

Pietro le miró con un extraño brillo en los ojos. Luego, con voz apenas audible, susurró:

—Pienso si también nosotros volveremos a esa vida sin sentido… Si nos convertiremos también en amos de la tierra de los muertos.

Julien abrió la boca, pero ningún sonido salió de sus labios.

Se quedó lívido y no replicó.

CAPÍTULOVII

Flotaba una neblina roja que difuminaba las formas y los contornos de un mundo extraño, quieto y sombrío.

La rojiza vegetación tenía configuraciones colosales y torturadas y la tierra era también roja como la sangre.

De vez en cuando extraños seres imprecisos cruzaban ese mundo

silencioso, metódicos, lentos y pesados. No sabía qué o quiénes eran. No sabía nada más que una cosa: Que era un extraño en un mundo ignorado y aterrador.

Tenía miedo, desde luego. Y el miedo le mantenía quieto y sus ojos devoraban cuanto le rodeaba con la avidez de saber, de averiguar dónde estaba y cómo había llegado allí.

Sentía la tentación de avanzar y acercarse a cualquiera de aquellos seres imprecisos que cruzaban como fantasmas, y preguntarle y salir de dudas.

Pero no se atrevía. Sólo les miraba, y ellos ni siquiera parecían verle a pesar de su proximidad.

La mayoría parecía dirigirse a un farallón de roca cuya colosal altura se perdía dentro de la neblina rojiza. Entraban por una suerte de paso estrecho y desaparecían.

Era muy extraño todo y él estaba perplejo, porque no comprendía nada excepto el temor.

Luego, cuando el pánico empezaba a dominarle, todo se esfumó.

Fue una cosa por demás sorprendente, por cuanto un instante antes todo aquello estaba ahí, ante sus ojos atónitos, y de repente ya no estaba. No había nada, sólo una profunda oscuridad y una extraña sensación] una fuerza inquietante que le empujaba a hacer algo indeterminado. ¿Qué diablos era? Sabía que debía hacer alguna cosa... hacerla sin pérdida de tiempo...

Se devanó los sesos intentando comprender aquella urgencia, pero algo no andaba bien en su memoria, porque no acababa de «saber» qué era lo que debía hacen con tanta premura.

El desasosiego aumentó sus temores. Tenía que saber. Y sobre todo, tenía que «hacer» algo. Pero, ¿Qué?

De repente, como un chispazo, lo supo.

Tenía que matar.

¡Eso era!

¡Matar!

Su mano se tendió hacia donde descansaba la «Stein», a su lado.

Cerró los dedos en torno al arma. El metal estaba frío, extrañamente frío,

Pietro pegó un brinco y quedó sentado en el suelo. Sus dedos estaban cerrados en torno al ametrallador y la oscuridad reinaba en torno.

Vio las formas imprecisas de sus compañeros que yacían sobre los desvencijados colchones del hospital. Oyó sus respiraciones y el latir salvaje de su propia sangre se aquietó poco a poco al comprender que había sidovíctima de una extraña pesadilla.

Pero no recordaba que en su vida le hubiera sucedido nada semejante. Lo que había «visto» durante el sueño había sido tan real como esas paredes acribilladas y semiderruidas, esos lechos retorcidos, destrozados, y esos cuerpos confiados que dormían a su lado.

Los estaba mirando cuando Gianna se quejó en sueños, volviéndose de costado. La miró. La muchacha estaba cubierta por una sucia manta, no obstante se estremecía como si tuviera frío a pesar del bochorno de la noche quieta y negra.

Pietro se pasó la mano por la frente. Un sudor viscoso se deslizaba por sus sienes, frío e inquietante, producido sin duda por la angustia de semejante pesadilla. Soltó la metralleta y alargando la mano, sacudió a George Drake hasta despertarle.

—¿Qué sucede? —musitó el inglés, instantáneamente alerta.

—Tuve un extraño sueño…

Drake se incorporó, mirándole asombrado.

—¿Y para eso me despiertas?

—Déjame explicártelo. Es algo muy raro.

George miró a Julien y a la muchacha. Hizo una seña y ambos se deslizaron fuera del pabellón en el que habían decidido pasar la noche.

—¿Qué hay de extraño en un sueño? Todo el mundo tiene pesadillas alguna vez —gruñó el inglés una vez fuera.

—Te lo contaré.

Le describió lo que inquietara su sueño, aquel mundo rojo y

sorprendente.

—Nunca había visto nada semejante, ni siquiera parecido. Me devano los sesos tratando de recordar si alguna vez contemplé un cuadro o un dibujo futurista que tuviera alguna semejanza con lo que soñé, pero estoy seguro de que no; nunca antes había visto una ilustración que pudiera compararse con eso...

—Muy bien, sigo sin entender qué te ha inquietado tanto. La mente humana puede jugarnos extrañas jugarretas a veces. Aún no se ha llegado a comprender del todo el misterio del subconsciente y...

—Espera.

—Bueno,continúa.

—Lo malo del asunto es que yo tenía que matarte a ti y a los demás.

Drake se quedó atónito.

—¿Matarnos? —bufó—.¿Tenías que matarnos?

—Eso es.

—¿Por qué?

—No lo sé. Únicamente recuerdo que yo tenía que mataros.

—Bueno, por mucha pesadilla que tuvieras, habría alguna razón que te empujaría a matarnos.

—No había nada de eso. Sólo la necesidad de mataros.

—¿Necesidad?

Pietro se rascó el cogote.

—Esa es la palabra. No podía eludir la «necesidad» de matarte, a ti, a Julien y á la chica...

—Así, sin más, ¿eh?

—Sin ninguna razón concreta. Desperté y vi que ya había empuñado la «Stein».

El inglés dio un respingo.

—¿Quieres decir que empuñaste el arma «dormido»?

—Así es.

—Ya veo…

Pietro soltó un rotundo juramento y añadió:

—¿Quieres explicarme qué me sucedió? Pude haber disparado si no hubiese despertado de repente, bañado en sudor frío y temblando.

Drake no replicó. Estaba mirando a su compañero y a través de la mirilla de su casco protector los ojos le fulguraban. Al fin murmuró:

—No puedo explicarte nada, estoy tan desconcertado como tú. Pero de ahora en adelante nunca dormiremos todos a la vez, sino de dos en dos. Quizá la hecatombe que hemos vivido, o las radiaciones, hayan alterado nuestras mentes y no vamos a correr ningún riesgo de esta clase. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Seguro.

Guardaron silencio unos minutos, absortos, llenos de inquietud.

Drake pensaba furiosamente. Su mente clara y metódica trabajaba sin cesar en torno a ese nuevo motivo de inquietud. Dio unos pasos aquí y allí, absorto.

Pietro pensó que daría cualquier cosa por un buen cigarrillo americano.Había olvidado ya el sabor deltabaco y se dijo que nunca más podría gozar de ese pequeño placer.

Entonces, mientras veía distraídamente la silueta de su compañero a corta distancia, pegó un brinco y exclamó:

—¡Allí, Drake, mira!

George se volvióen redondo.

—¿Qué? —gruñó.

—¡Allí!

Miró hacia donde señalaba Pietro y no vio nada inquietante.

—¿Qué diablos te pasa, hombre? —refunfuñó.

—¡Algo se movió… algo muy raro!

—Muchacho, ahora estás despierto.

Pietro maldijo en voz alta y se alejó apresuradamente hacia donde había señalado. Drake le siguió.

No había nada que se moviera, sólo el paisaje calcinado y muerto, y las ruinas de lo que una vez fuera una ciudad extendiéndose en las sombras de la noche.

—¿Y bien? —gruñó George.

—¡Maldita sea! Hubiera jurado…

—¿Qué?

—Me pareció ver una sombra rojiza moviéndose ahí… alejándose como si se esfumara en la atmósfera.

—¿Rojiza?

—Sí.

—Lo mismo que en tu pesadilla. ¿Te das cuenta?

—Sí, claro…

—Aún estás impresionado, eso es todo.

—Drake, estoy asustado.

—Yo también, lo creas o no. Pero el miedo no me produce pesadillas precisamente.

Volvieron atrás, hacia el hospital.

—Daría cualquier cosa por un cigarrillo. Llevo una eternidad sin fumar —murmuró Pietro.

—En eso no puedo ayudarte. No fumo. Y ya no me quedan ni siquiera provisiones.

—¿Despertamos a los otros?

—Déjalos que descansen. Aún tardará en amanecer. Cuando sea de día, buscaremos algo comestible.

—Dudo que encontremos nada. Y si queda algo en este cementerio estará podrido y contaminado, no sólo por las radiaciones, sino por los cadáveres que se descompusieron sin que nadie los enterrara, por tanta carroña como se pudrió entre los escombros.

Amaneció y la grisácea luz del día atravesando la niebla oscura alumbró la desolación y la muerte de la tierra. '

Gianna apareció, con el cabello revuelto y el cuerpo estremecido. Vio a los dos hombres sentados sobre un montón de cascotes y trató desonreír.

—No creí que pudiera dormir tanto —murmuró—. Estaba agotada.

—Si fueras una buena ama de casa nos prepararías un suculento desayuno, y café caliente. Para mí tostadas con mantequilla —rioPietro.

La muchacha se disponía a replicar, pero repentinamente en el espacio sonó un bronco rugido, que en un instante atronó sus oídos con un aullido metálico y agudo, aproximándose a velocidad increíble.

Drake pegó un brinco, levantando la mirada. Esta vez, el bramido del proyectil o lo que fuera que rompía el tétrico silencio de un mundo muerto, sonaba tan bajo que les pareció como si fuera a reventarles los oídos.

Inesperadamente, la pesada niebla que flotaba a media altura se agitó, bárbaramente revuelta por el paso del monstruo de acero. Vieron cómo una sombra circular que en una fracción de segundo hubo desaparecido, y luego el aullido cesó.

Cesó con tanta brusquedad que quedaron aturdidos, aplastados por el súbito y terrible silencio que siguió sin transición al estrépito enloquecedor que por unos instantes había estremecido la tierra...

CAPITULOVIII

Cuando salió de su estupor, Pietro balbució:

—¡Eso no era un proyectil cohete, Drake!

—¿Quién sabe?

—¡Pero no ha estallado! Lo habríamos oído, porque no puede haber caído muy lejos.

—A la velocidad que iba ha tenido tiempo de llegar a muchas millas de aquí. En cuanto a que no haya estallado, quizá fue debido a un defecto de fabricación.

De pronto, Gianna murmuró:

—¿Y Julien? Debería haber despertado con ese estrépito.

—¡Es cierto!

Se dirigieron apresuradamente hacia el edificio medio arruinado.

Julien les miró desde su yacija con unos ojos apagados.

—¿Qué te ocurre? —exclamó Pietro.

—Apenas puedo moverme —jadeó el francés—. Desperté... y esto es el fin.

George Drake se arrodilló a su lado. Al cabo de un minuto de reconocimiento gruñó:

—Te ayudaremos, Julien. No creo que estés tan mal, sólo debilitado.

—No vale la pena... sé que estoy acabado y apenasme importa. — Tonterías.

—Hay que registrar este edificio desde los cimientos] En alguna parte debieron quedar medicamentos abandonados que ahora necesitamos. Hemos de encontrarlos —exclamó Drake.

—¿Y cómo sabremos cuál de ellos necesita Julien? —bufó Pietro.

—Deja eso de mi cuenta. Manos a la obra. Volveremos a reunimos

aquí tan pronto tengamos algo.

Se desperdigaron en direcciones distintas.

Julien suspiró mirando el desconchado techo de la nave. Respiraba con dificultad, pero su mente seguía tan clara como de costumbre. Se sorprendió no poco de la serenidad que le invadía, a pesar de saber que estaba muñéndose. Era sorprendente que el hecho de morir le impresionara tan poco, quizá debido a que llevaba mucho tiempo habituándose a la idea de la muerte. O tal vez por haber visto morir a tantos millares de seres humanos a su alrededor.

Advirtió que la visión se enturbiaba, que una niebla gris parecía interponerse entre él y el techo. Trató de sonreír. Había burlado a la muerte mucho tiempo, y en circunstancias espantosas, en medio de combates encarnizados, de estallidos colosales que arrasaron la tierra de norte a sur y de este a oeste.

Oyó rumores y confusamente distinguió a Pietro y al inglés inclinándose sobre él. Más allá, el hermoso rostro de la muchacha, como aureolado de luz, le miraba también llena de angustia.

No sintió el pinchazo en el brazo. Todo estaba desvaneciéndose en torno... las voces de sus compañeros llegaban como si procedieran de una distancia sideral... cada vez más débiles...

No sabía qué estaban haciéndole. Tampoco le importaba en absoluto. Después, la niebla se hizo más espesa, se volvió oscura y siniestra y ya no hubo nada.

***

Al abrir los ojos vio que estaba envuelto en una manta y que Pietro le miraba sentado en un cajón a modo de silla.

El italiano esbozó una mueca.

—De modo que no te fuiste al otro lado de la gran barrera, viejo — comentó.

—¿Qué pasó?

—Descubrimos el almacén de medicamentos del hospital. Ese

condenado inglés es una fuente de sorpresas. Te inyectó, aparte de nacerte algunasperrerías más.

—De modo que me salvó el pellejo.

—Ya puedes jurarlo.

—No estoy seguro de agradecérselo.

—Eso pensé que dirías. ¿Cómo te sientes?

Se incorporó con dificultad. Pietro le ayudó a sentarse.

—Débil como un niño —refunfuñó Julien—. ¿Dónde está ahora Drake?

—Se fue a explorar. Estamos intrigados por el proyectil que pasó casi rozándonos los cabellos.

—¿Y la chica?

—Se fue con él.

—Lástima de muchacha —murmuró el francés, recostándose contra la pared—. En otras condiciones yo hubiera tenido grandes ideas respecto a ella.

Pietro rio entre dientes.

—Sospecho que quien las tiene ahora es el inglés.

—Ya lo advertí. Pero Gianna está igual que nosotros. Sentenciada a muerte también.

—No pienses en eso. Drake tiene razón. Si nos dejamos derrotar por el desaliento estamos perdidos.

—¿Es que no lo estamos de cualquier modo?

Pietro se encogió de hombros.

—Seguro —dijo—. Pero es hermoso vivir a pesar detodo. A propósito, localizamos un montón de latas de conserva. Podrás comer en cuanto te sientas con fuerzas para hacerlo. Nosotros ya nos dimos un banquete.

Julien miró a su compañero. Sentía un extraño afecto por él y los

otros. Era curioso que en medio de tanto horror pudieran florecer aún los sentimientos de amistad, de camaradería.

—¿No han aparecido más muertos andantes? —gruñó para alejar de sí las otras ideas.

—Ninguno. ¿Qué opinas sobre esos fulanos?

—Nada. Es increíble. Una pesadilla.

—Yo creo que Drake tiene alguna idea concreta al respecto, sólo que no quiere hablarnos de ella. Recuerda cómo apareció. Andaba buscando cadáveres sin enterrar, hizo muchas preguntas... y está emperrado en capturar vivo a uno de esos monstruos. Forzosamente debe abrigar un propósito concreto.

—Es un tipo raro...

—Además, entiende de medicina. No hay más que ver la habilidad con que te trató cuando estabas desvanecido, y la seguridad con que eligió los medicamentos que necesitabas.

Julien hizo una mueca.

—¿Confías en él, Pietro?

—Ciegamente. Sea cualquiera el propósito que le empuja, no cabe la menor duda de que le debemos la vida. Compartió sus provisiones con nosotros cuando estábamos desfallecidos, a pesar de saber que cuando se le terminaranposiblemente no podría reponerlas.

Callaron, sumido cada uno en sus propios pensamientos.

Mucho más tarde, Julien comentó:

—Si no fuera ese maldito hedor no me importaría quedarme aquí hasta el fin. No creo que encontremos otro lugar mejor que éste.

—El hedor procede de los cadáveres que se descompusieron entre los escombros. En realidad, toda la ciudad es un inmenso cementerio.

—Prefiero no pensar en eso. ¿Dónde están esas latas de conservasde que hablaste?

Pietro se levantó. Íntimamente sentía una inmensa alegría por la recuperación de su compañero. No sólo era hermoso vivir, sino que lo era mucho más gozar de compañía, de la amistad de otros seres

humanos en medio del cataclismo, el desastre y la muerte…

CAPITULOIX

Se detuvieron en lo que en otro tiempo fuera un bosquecillo.

Del bosquecillo no quedaban más que innumerables muñones renegridos, troncos astillados sobresaliendo de la tierra quemada como dedos atormentados y acusadores,

Gianna se dejó caer al suelo y suspiró:

—Debimos pensar antes que no encontraríamos nada, George...

—Sólo nos hemos alejado unas millas del hospital.

Ella le miró. Gianna no quería pensar en los sentimientos que aquel hombre le inspiraba. Después de su atroz experiencia pasada, con otros hombres convertidos en bestias salvajes, todo le resultaba ahora distinto, inquietante.

Drake se despojó de la mochila y descolgó el ametrallador del hombre, disponiéndose a sentarse a su lado.

En aquel momento, un arma retumbó muy cerca. Gianna vio al inglés dar un brinco y rodar por el suelo igual queun fardo.

Lanzó un grito y se precipitó hacia él. Hubo otro estampido y la bala arrancó astillas del roto tronco de un pino.

Se volvió en el suelo y vio al hombre allí cerca, moviendo la palanca de carga de un potente rifle de precisión. Le entró un odio profundo, una ira irracionalcomo jamás antes sintiera, ni siquiera cuando soportó el bárbaro ultraje sobre su propio cuerpo.

Vio al desconocido llevarse el rifle a la cara y se tiró de costado cuando el arma tronaba otra vez. Rodando, llegó junto al inerte Drake y sus dedos se cerraron salvajemente en torno a la «Stein».

Gritando como una loca, se revolvió en el suelo. La metralleta comenzó a tabletear en sus manos como un ser vivo dotado de iniciativa propia y el alud de proyectiles zarandearon al atacante hasta derribarlo.

Gianna se levantó rechinando los dientes como un animal salvaje. Avanzó paso a paso con el arma amartillada, viendo al desconocido cómo pugnaba aún por incorporarse.

Le vio claramente la atroz herida negruzca que destrozaba todo su costado derecho, y los orificios de las balas disparadas por su propio ametrallador, de los que manaban lentamente hilillos de sangre.

El hombre se alzó poco a poco, tratando de atrapar el rifle que había perdido al caer mientras miraba a la muchacha con sus ojos desapasionados y fríos, sin la menor expresión humana en ellos.

Gianna barbotó rechinando los dientes:

—¡Maldito, maldito...!

El monstruoso individuo cerró los dedos en torno al rifle. Ño parecía alterado en absoluto.

La muchacha apenas era dueña de sus actos. Sólo sabía que George Drake estaba muerto y que aquel monstruo lo había matado... y que ahora se disponía a matarla a ella. De modo que histéricamente, tiró del gatillo y el ametrallador retumbó con un fragor insoportable. Vio de nuevo estremecerse el cuerpo del hombre y de repente la cabeza erguida estalló en mil pedazos al ser alcanzada de lleno por el huracán de plomo y todo acabó.

Temblando, estremeciéndose, chillando enloquecida Gianna dejó caer el arma y corrió hacia donde yacía el inglés.

George estaba tumbado de bruces. El casco protectoraparecía resquebrajado por la bala de enorme calibre, roto e inservible.

La muchacha le dio la vuelta buscando la sangre en su cara.

Creyó que veía visiones. Pero la cabeza de Drake estaba intacta. La bala, al destruir el casco, debía haberse desviado con seguridad.

—¡George! —sollozó.

El parpadeó débilmente. Estaba aturdido por el golpe terrible contra el casco, pero eso era todo. Logró sentarse con la ayuda de la muchacha y musitó:

—¿Estás bien, Gianna?

—¡Dios! Creí que te había matado...

—Siento un dolor terrible en la cabeza... ¿Qué pasó?

—Te dispararon... uno de esos monstruos. Te acertó en el casco.

Ahora..., ahora ya no te protege.

—¿Lo mataste?

—Sí...

—Buena chica.

Quedaron en silencio unos minutos, él recobrándose mientras se despojaba de los restos del casco. Aspiró hondo sin apartar los ojos del bello rostro de la muchacha. Trató de sonreír.

—Estamos en iguales condiciones ahora —murmuró.

Ella no pudo pronunciar una palabra. Sólo mirarlo tratando de llegar al fondo de aquellos ojos grises que por primera vez veía sin la protección de la mirilla.

—¿Te das cuenta de lo que eso significa? —musitó al fin.

—No importa —dijo—. Nunca tuve la esperanza de vivir eternamente.

Se levantó, comprobando que las piernas podían sostenerle. La cabeza aún le dolía y sentía un extraño zumbido dentro de ella, pero eso era todo. Caminó hasta el cuerpo derribado del criminal atacante. No había nada en él que lo distinguiera de los otros que mataran antes, excepto el pesado rifle. Examinó el arma cuando la muchacha llegaba a su lado.

—No comprendo cómo pudiendoelegir, se decidiópor un rifle como éste —gruñó—. Hay metralletas de todos los tipos esparcidas a millares, mucho más rápidas y eficaces que este cañón. Debía saber que era preciso manejar el cerrojo a cada tiro, con lo que se pierde mucho tiempo.

Tiró el rifle y recuperó su propia «Stein», a la que introdujo un cargador nuevo repleto de cartuchos.

Giannaindagó:

—¿Qué hacemos ahora, regresamos al hospital?

—Aún no... Rastrearemos un poco más antes.

Echaron a andar por aquel mundo de desolación.

Gianna comentó con voz débil:

—Lo que más me impresiona es este silencio. ¿Comprendes?

—Creo que sí.

—No se oye nada. Ni una voz, ni el canto de un insecto, ni el zumbido de un moscardón… Nada —repitió, estremeciéndose.

Siguieron adelante, uno aliado del otro, sin cambiar más palabras. Descendieron al fondo de un estrecho valle y recorrieron un trecho por el seco lecho de un arroyo. Luego remontaron las colinas del otro lado del valle. La tierra yerma estaba convulsa y revuelta y no había la menor huella de vegetación alguna.

Fue al llegar arriba que aquello apareció.

Había una meseta casi plana. El suave declive que descendía más allá de las colinas iba a morir unas millas más lejos junto a los escarpados riscos de unos montes.

En esa meseta estaba posado el monstruo de hierro.

Gianna se quedó boquiabierta, jadeando incapaz de pronunciar una palabra.

—¡Dios mío, ahí está! —gruñó George.

Era un aparato circular como no habían visto otro en su vida.

Su diámetro alcanzaría los doscientos metros y carecía de mirillas, excepto en una torreta redonda que sobresalía del monstruoso casco de la nave.

Gianna logró balbucir:

—¡Una nave interplanetaria!

—Eso creo.

Había una escotilla abierta en la parte inferior del casco, que parecía flotar a pocos pies del suelo sin ruedas ni otro sostén visible.

—No se ve ningún movimiento —tartamudeó la muchacha—. ¡Vamonos de aquí, George!

—¿Ahora que lo hemos encontrado?

Ella le miró súbitamente sobresaltada.

—¿Es que tú sabías que…?

—Sospechabasolamente.Vamos.

—¡No esperes que yo me acerque a «eso»!

—¿Por qué no? Si hubieran querido matarnos ya lo habrían hecho a esta distancia. Deben habernos descubierto. Lo más seguro es que no haya nadie a bordo.

—¡George, volvamos al hospital! Podemos volver con Pietro y Julien… Pero ahora alejémonos de aquí.

—Estamos muy lejos del hospital. Pueden emprender el vuelo y ya no tendríamos otra oportunidad.

Echó a andar resueltamente aunque llevando la «Stein» lista para abrir fuego. Tras una vacilación, Gianna le siguió gimoteando.

Visto de más cerca, el platillo volante era mucho más impresionante aún. Su estructura parecía construida con un metal grisáceo y no se advertían uniones en él, como si todo el inmenso aparato fuera de una sola pieza.

Se detuvieron al borde de la nave, escuchando con todos sus sentidos alerta, tratando de captar algún rumor que procediera de las entrañas del monstruo de metal. No oyeron absolutamente nada.

—Está desierto con toda seguridad —susurró Drake.

Gianna miró en torno. Notaba una extraña opresión en el pecho, quizá de angustia, quizá producida por la inquietante proximidad de aquel monstruoso artefacto, cuya presencia siniestra en la Tierra se prestaba a sombrías conclusiones.

George la tomó de la mano y ambos avanzaron bajo la pesada mole, hacia donde aparecía la abierta escotilla.

—No hay escalera para subir… ¿Cómo diablos se las arreglan para subir y bajar? —rezongó Drake.,

Notaba el temblor de la mano de la muchacha entre sus dedos. La apretó con fuerza y dieron los últimos pasos que les separaban de la entrada de la nave. Al mirar hacia arriba, la oquedad oscura del interior se les apareció misteriosa y profunda.

Estaban mirando hacia las entrañas del monstruo cuando oyeron un levísimo susurro, como de la brisa en un cañaveral. Y entonces, cual si una mano gigante les envolviera, se sintieron elevar en el aire, y flotar rápidamente igual que succionados por la escotilla en cuyo interior penetraron como si volaran. Los gritos de Gianna murieron en su garganta, demasiado aterrada incluso para chillar.

Flotaron unos instantes en aquel vacío, y luego la fuerza que les sostenía se desvaneció y sintieron sus pies golpear contra una superficie dura, mientras las sensaciones de sus, cuerpos se debilitaban, incapaces de reaccionar, de moverse... Incapaces incluso de pensar.

CAPITULOX

Julien salió al exterior y vio a Pietro recostado un poco más allá del boquete, escrutando impaciente el sombrío horizonte.

—¿No ves nada? —le espetó acercándose.

—Ni el menor rastro. No comprendo dónde diablos se han metido.

—Quizá no vuelvan —gruñó Julien.

—¿Qué quieres decir?

—El inglés está en buenas condiciones gracias a la protección de su traje escafandra. Y la chica es una monada. Tal vez han decidido abandonarnos aquí ahora que saben que no van a faltarnos los víveres.

Pietro refunfuñó un juramento entre dientes.

—No lo creo —dijo de mal talante—. Tengo confianza en ellos, Julien. Algo les ha sucedido para que no regresen.

El francés esbozó una mueca de escepticismo.

—Es posible que tengas razón, pero yo empiezo a desconfiar.

—Si dentro de un rato no han dado señales de vida saldremos en su busca. ¿Crees que tendrás fuerzas suficientes, Julien?

—Me he repuesto bastante con toda esa comida, pero sigo opinando que es perder el tiempo. Aquí disponemos de medicamentos y víveres, y un refugio cubierto. ¿Has pensado en eso?

—Claro que sí, pero también pienso que los dos pueden encomiarse en un apuro. Él nos salvó a nosotros y ahora se nos presenta la oportunidad de pagarle el favor.

—No pienso discutir contigo, Pietro —refunfuñó—. Se hará como tú dices.

—Hemos de llevar algunas provisiones y medicamento de ese que te administró. Esconderemos todo lo demás por si podemos volver aquí.

El francés cabeceó y con pasos cansinos regresó al interior del hospital. Pietro, por su parte, se dedicó a buscar municiones para sus

ametralladores. Las había de distintos tipos y calibres esparcidos por todas partes, incluso cajas enteras. Pero le llevó mucho tiempo localizar las que ellos necesitaban.

Julien apareció entonces provisto de dos pequeños fardos, que ataron a sus cinturones. Tras repartirse las municiones, ambos empuñaron sus armas y echaron a andar en la misma dirección que tomaran Drake y la muchacha algunas horas antes.

Llevaban un rato caminando cuando el francés dijo, de pronto:

—Estuve pensando en esos fulanos resucitados... Tuve mucho tiempo para ello cuando estaba en el camastro.

—¿Y qué?

—Se me ocurre que sólo vimos hombres en esas condiciones. Ni una mujer. ¿No te parece curioso?

Pietro frunció el ceño.

—Pues es cierto —gruñó—. Sólo hombres. ¿Por qué?

—No me lo preguntes. Yo también traté de hallar alguna explicación y fracasé. Tal vez ese fenómeno sólo se da en hombres que cayeron brutalmente heridos y entonces algo les sucedió que paralizó las funciones de su cuerpo evitando la muerte.

—Pero millones de mujeres han muerto también con heridas atroces. La hecatombe no respetó nada ni a nadie, y menos a las mujeres.

—Ya lo sé, y no se me ocurre nada más.

Callaron durante otro buen trecho. La tarde avanzósumiendo la tierra en una luz grisácea y triste que difuminaba las distancias.

Cansados, se detuvieron unos minutos para reanudar la marcha poco después. Julien daba muestras de agotamiento, de modo que Pietro decidió:

—Si dentro de quince minutos no encontramos nada, acamparemos hasta mañana. Afortunadamente, las noches son cálidas todavía. —De acuerdo.

Sólo que sí encontraron algo, un rastro inconfundible y que les produjo un escalofrío de temor. Pietro se detuvo en seco y exclamó: —

¡Mira, el traje de Drake! —¡Y la escafandra, el casco!

Lo levantaron, comprobando los destrozos causados por el proyectil. Se miraron en silencio.

—Le acertaron estavez... y ahora carece también de protección lo mismo que nosotros, suponiendo que aún esté vivo, cosaque dudo.

—No hay sangre en el casco ni el uniforme. Parece como si él mismo se lo hubiera quitado —dijo Julien. Empezaron a explorar los alrededores hasta dar con el cuerpo del atacante de Drake acribillado a balazos. —Bueno, a éste tampoco pudo cazarlo vivo... Le metió plomo suficiente para asegurarse de todo lo contrario.

Pietro gruñó una maldición. —Quizá no estén muy lejos —murmuró. —Descansemos un poco. Luego seguiremos buscando. Si por lo menos supiéramos seguir un rastro con la habilidad de Drake...

—Está bien, de cualquier modo no creo que unos minutos de descanso cambien las cosas ni en un sentido ni en otro.

Tal vez si George Drake hubiese podido opinar no hubiera estado muy conforme con semejante decisión.

***

Drake recobró la facultad de pensar de una manera perfectamente natural, como si despertara de repente después de un dulce y profundo sueño.

Vio que estaba sentado en una extraña butaca metálica que se adaptaba a su cuerpo de manera perfecta. Asombrado, sobrecogido, paseó la mirada en torno y así descubrió a Gianna acomodada en otra butaca semejante. La muchacha tenía la cabeza caída sobre el pecho y respiraba plácidamente.

—¡Gianna!

Trató de levantarse.

Ahí se llevó otra sorpresa, porque se sintió sujeto a la butaca por una fuerza colosal. Estupefacto, intentó ver qué era lo que le aferraba, pero no había el menor rastro de correajes, niargollas.

Nada en absoluto. Sin embargo, estaba aprisionado con tanta firmeza como si el cuerpo, los brazos y las piernasestuvieran aherrojados con argollasde acero.

Levantó la mirada otra vez. Vio una estancia semicircular. Parte de los muros estaban desnudos y tenían el mismo color que los del exterior de la nave. Pero una gran parte de ellos aparecían cubiertos de mecanismos, pequeñas pantallas semejantes a las de la televisión terrestre; diales, diminutas palancas y pulsadores ; indicadores instrumentales como jamás antes vieran otros semejantes.

Frente al inmenso tablero de mandos había tres butacas semejantes a las que les sujetaban a ellos, aunque vacías.

El asombro y la curiosidad dominaron todo otro sentimiento, incluso el miedo que pudiera sentir al encontrarse preso en el interior de una nave que sin ninguna duda no era de su mundo.

La muchacha rebulló en su asiento, dejando escapar un leve quejido.

—¡Gianna! —exclamó Drake.

La muchacha levantó la cabeza y le miró, parpadeando.

—¡George! ¿Qué nos ha sucedido?

—Mira a tu alrededor.

Ella lo hizo. El estupor la dejó sin aliento.

—No te asustes, Gianna. Y no intentes levantarte. Algo nos sujeta a las sillas.

—¡Somos prisioneros, George! —chilló Gianna, de pronto, al darse cuenta que no podía abandonar la butaca de metal.

—De eso tampoco caben dudas, aunque por el momento no nos han hecho ningún daño. Tranquilízate.

Ella ahogó un sollozo y miró desesperadamente a Drake, como suplicándole ayuda. Ayuda que él no estaba en condiciones de prestarle.

—¿Qué harán con nosotros? —musitó al fin.

—Ni idea, pequeña. Pero pienso que si hubieran querido hacernos

daño, no estaríamos ahora sentados tan cómodamente.

Ella no podía evitar frecuentes escalofríos de terror.

Pasó otro silencio antes de que recobrara la voz.

—George... ¿Tienes alguna idea de quiénes son esas gentes?

—Ni la más remota. Y ahí debes tratar de reflexionar un poco.

—No te comprendo.

—Me refiero al aspecto de esos individuos. Quizá sea... Bueno, chocante, para decirlo de algún modo. Distinto al de los habitantes de la Tierra. Eso no debe inquietarte tampoco porque posiblemente nosotros les parezcamos auténticos monstruos de fealdad.

Ella necesitó hacer una auténtica pirueta mental para adaptarse a semejante posibilidad. Cuando habló lo hizo con una voz débil y quebradiza.

—¿Crees que... que realmente son monstruosos?

—¿Cómo voy a saberlo? Pero sea cual fuere su aspecto, no te dejes llevar por los nervios y trata de adaptarte.

Ella cabeceó. Había comprendido las razones del inglés y su mente trabajaba febrilmente para adaptarse a esas ideas.

No obstante, Drake sí estaba preocupado. Un oscuro sentimiento de inquietud invadía su espíritu a medida que reflexionaba más y más. En primer lugar, no podía dejar de asociar a los misteriosos tripulantes de la nave con los siniestros matarifes resucitados con los que ya se habían enfrentado varias veces.

—George...

Ladeó la cabeza y miró a la muchacha. Gianna estaba pálida y sus ojos brillaban como si tuviera fiebre.

—¿Qué quieres, linda?

—Tal vez nos maten.

—No digas tonterías. Para eso no nos habrían atrapado.

—Déjame terminar.

Él sonrió, mirándola, y repitió:

—No nos tendrían aquí, sentados, si su intención fuera matarnos. Pero sigue. ¿Qué querías decirme?

—Mientras estuviste protegido por tu traje y casco era distinto… Nunca te hubiera dicho nada. Pero ahora estamos iguales… Condenados los dos, George.

—No comprendo.

—Te quiero.

La sencilla declaración le dejó sin aliento. Parpadeó y antes de que pudiera decir nada, ella añadió:

—Te quise desde el principio. Pero yo estaba condenada por. la radiactividad y tú no, de modo que callé… Tú debías vivir. ¿Comprendes ahora?

—Creo que sí.

—El disparo de aquel monstruo te igualó a mí. Y si hemos de morir, quiero que lo sepas.

—No creo que vayamos a morir. Por lo menos de momento. Y en realidad debiera haber sido yo quien te dijera todo esto. Porque yo también te quiero, Gianna.

Ella le miró intensamente a través de la distancia que les separaba. Sus ojos tenían un brillo húmedo que loshacíachispearenlapenumbra.Alfinsusurró:

—¿A pesar de saber… lo que me hicieron?

—No pienses más en eso. Esta hecatombe ha convertido a los hombres en bestias… o quizá lo fueron siempre. Trata de olvidar.

Ella asintió con un gesto. Incapaz de hablar, sus ojos brillantes como estrellas no se apartaban del hombre.

Fue en esos instantes de silencio y ternura cuando ambos oyeron una voz extraña y monótona. Fue algo asombroso porque la voz no parecía resonar en el espacio, en el aire sino dentro de sus propios cráneos, como si en realidad estuviera incrustada en el cerebro de cada uno.

—Me alegra que se hayan adaptado a su situación.

Los dos volvieron la cabeza sobresaltados mirando en torno.

El extraño estaba erguido a corta distancia, junto a la pared metálica donde en completo silencio se había abierto una escotilla.

Gianna estuvo a punto de lanzar un alarido. George, en cambio, se limitó a mirar la aparición como si fuera la cosa más normal del mundo ver un ser casi transparente, de gran cabeza y cuerpo rojizo. En realidad parecía una broma de la naturaleza por cuanto sus miembros eran absolutamente desproporcionados. Sus piernas resultaban, demasiado largas para el compacto tronco. Sin embargo, los brazos eran cortos y robustos y estaban rematados por unas extrañas manos sin dedos, más parecidas a grandes espátulas que a otra cosa.

—¿Quiénes son ustedes, de dónde vienen, por qué nos han apresado, qué se proponen? —gruñó, al fin, Drake.

El extraño avanzó como si flotara sobre la plancha metálica del suelo. No se detuvo hasta quedar a dos pasos de George, al que se quedó mirando con unos ojos redondos, abultados como si estuvieran a punto de caerle de. la cara enorme.

—Demasiadas preguntas a la vez —retumbó la voz en el cerebro de Drake—. Usted es un hombre muy inteligente, amigo mío. Tuvimos ocasión de comprobarlocuando llegó. Su nivel de inteligencia supera en mucho al del común de los terrícolas. Debiera ser más objetivo.

—Muy bien, le preguntaré por orden. Primero... ¿Cómo se comunica con nosotros? Yo hablo, mi voz resuena en toda la estancia. Pero la de usted no. Sólo está en nuestros cerebros.

—Nosotros no hablamos, Drake. Transmitimos nuestras ideas por medio de poderosas ondas cerebrales.

—¿Transmisión del pensamiento? '

—No exactamente, pero para ustedes así está bien.

—Comprendo.

—¿Qué más quiere saber?

—Nuestro destino. Qué van a hacer con nosotros.

Esta vez, la respuesta tardó en llegar. Luego, la voz dijo:

—Vamos a preservar vuestros cuerpos y vuestras mentes de la muerte segura a que están condenados. Espero que el experimento resulte.

—De modo que es un experimento...

—Por lo menos, será la primera vez que se lleve a cabo con seres de la Tierra.

—¿Y si falla?

—La muerte.

Gianna no pudo contener un quejido.

—Estamos condenados a muerte de todos modos, Gianna, así que no te alteres —gruñó Drake.

—Usted posee un gran poder de adaptación, Drake Nos será muy útil si el experimento da resultado.

—¿Útil para qué?

—Cada cosa a su tiempo. ¿Otra pregunta?

—¿De dónde proceden ustedes?

—Nuestro sistema está a miles de años luz, Drake. No se compone de un solo planeta habitable como la Tierra... Es mucho más extenso. Hace... ¿cómo dicen ustedes...?, cientos de años, eso es; cientos de años que nuestras naves estudian la Tierra y el resto de mundos de este sistema solar, aunque siempre nos habíamos mantenido a prudente distancia salvo breves excepciones para explorar más de cerca, recoger muestras de minerales y vegetación. ¿Le sorprendería saber que algunas de sus especies botánicas se han adaptado en nuestra galaxia? Naturalmente, en condiciones muy especiales.

—Creo que ya nada puede sorprenderme.

—¿Ha terminado, se ha saciado su curiosidad?

—¡Ni mucho menos! ¿Cuáles son sus propósitos ahora y por qué han decidido mostrarse al fin abiertamente?

—Drake, podría mentirle. Le aseguro que podría hacerlo y usted tal

vez me creyera. Pero no voy a hacerlo. Su inteligencia merece un trato justo y ecuánime. Estamos aquí porque la Tierra rebosa radiactividad y en estas condiciones apoderarnos de ella para instalar aquí otro mundo controlado resulta extremadamente fácil.

—Ya veo…

—Hemos explorado la Tierra con científico detalle. Apenas si quedan humanos vivos, y los que aún resisten morirán de radiactividad en un plazo de tiempo más o menos corto.

—Comprendo. Apenas queda nadie vivo… y los que quedan ustedes los asesinarán.

—Tan sólo los que están en condiciones de luchar aún. Los demás no merece la pena arriesgarse. Morirán fatalmente por sí solos. Y le repito que son muy pocos.

George rechinó los dientes. Había algo siniestro en todo aquello.

De pronto, dijo:

—A ustedes, ¿no les afecta la radiactividad?

—En absoluto. Y a ustedes dos tampoco cuando terminemos el experimento.

Algo estaba dando vueltas en la mente de Drake.

—Ese experimento… —murmuró.

—Siga. Ya no queda mucho tiempo.

—¿Consiste en hacer con nosotros lo mismo que con los cadáveres vivientes? Porque no me cabe duda que esos cuerpos que andan, y matan, después de haber muerto, también son cosa suya.

—Ciertamente, no se equivoca. Pero sí está equivocado en lo que ha preguntado. Son dos cosas distintas.

Ustedes no necesitan estar muertos. No pueden estar muertos para que el experimento sea un éxito.

—No comprendo esto bien…

—Queda mucho tiempo para que comprendan.

—Pero esos cuerpos muertos y que no obstante se mueven, y matan, les obedecen a ustedes. ¿No es así?

—En efecto, aunque su utilidad es limitada. Demasiado limitada. Y ahora descansen, relájense. Y no teman.

Ni por una vez se había dirigido a Gianna, como si ésta no existiera. Le vieron dirigirse al inmenso tablero de instrumentos, sentarse en una de las butacas metálicas dándoles la espalda, y casi al instante les invadió un suave sopor muy parecido al sueño.

Drake ladeó la cabeza y vio a Gianna que dejaba caer la cabeza sobre el pecho. Su visión se enturbió, haciéndose imprecisa, oscura.

CAPITULOXI

Julien se dejó caer junto al lecho seco del torrente y jadeó:

—Decididamente, estoy peor de lo que imaginaba... No puedo seguir, Pietro.

—Acamparemos aquí y te pondré otra de esas inyecciones que te administró Drake. De todos modos es imposible buscar ningún rastro a oscuras.

—¿Qué diablos sabes tú de poner inyecciones, hombre?

—Ni una palabra.

Julien soltó una maldición.

—Prefiero morir en paz.

—No vas a tener miedo de un pinchazo a estas alturas —rio su compañero mientras preparaba el inyectable—. Le vi hacerlo al inglés, así que puede decirse que soy un experto.

Julien soltó un juramento cuando la aguja penetró en su carne de manera más bien ruda. Luego, tendióse de espaldas y contempló la oscuridad que les envolvía.

—Los hombres somos idiotas —dijo, de pronto.

—Este es un descubrimiento dignó de ti.

—Estamos podridos, contaminados y a punto de reventar, y apuesto que no sabes en qué estaba pensando.

—¿En las caderas de Gianna?

—¡Idiota! Pensaba que me habría gustado volver a ver las estrellas antes de morir.

—Amigo —murmuró Pietro—, yo he pensado lo mismo un millón de veces... Pero tardará años en desaparecer esta niebla radiactiva, ese polvillo venenoso que cubre la Tierra. Para entonces, ni tú ni yo estaremos en condiciones de ver nada.

Julien no replicó. Se dio la vuelta y, de pronto, lanzó un gruñido, incorporándose a medias.

—¡Mira!

Pietro dio un brinco aprestándose a disparar con la «Stein».

—¿Qué? —dijo.

—¡Allá arriba, mira!

Levantó la cabeza y vio el resplandor.

Asomaba por encima de las colinas que cerraban el valle. Era una claridad pálida y lechosa cuya procedencia resultaba un misterio.

—¡Infiernos! ¿Qué crees que es eso? —barbotó.

—Reflectores desde luego que no —jadeó Julien—.Esta luz permanece inmóvil… y es demasiado pálida.

—No te muevas de aquí. Subiré a dar un vistazo y volveré. Aprovecha, entretanto, para comer algunas de estas conservas por si hemos de salir de estampida.

—Ten cuidado… Me siento desamparado cuando estoy solo.

Pietro rio entre dientes y se alejó colina arriba. A medida que se aproximó a la cumbre adoptó algunas precauciones, viendo cada vez más cerca el opaco brillo de la luz. Y al fin asomó en la cresta de la colina y el estupor le dejó clavado en el suelo.

El halo luminoso procedía de una inmensa nave posada a escasos pies del suelo. El resplandor procedía de toda su estructura metálica, como si toda ella fuera una enorme lámpara incandescente.

Instintivamente, Pietro se dejó caer al suelo, la mirada fija en el asombroso espectáculo. No había el menor signo "de movimiento ni de vida en el monstruo de acero, sólo la luz.

Esperó, los nervios tensos y alborotados, apretando la «Stein» con dedos rígidos. Todos sus sentidos estaban alerta tratando de captar también algún ruido procedente de la asombrosa visión.

Estuvo tentado de avanzar para ver aquello de más cerca, sólo el recuerdo de su compañero le detuvo. No obstante siguió aún varios minutos tumbado allí, la mirada fija en la nave espacial, hasta convencerse de que no era víctima de una pesadilla y de que no había ningún movimiento ni sonido en la inmensa estructura circular.

Luego, temblando, retrocedió arrastrándose y descendió la colina como si le persiguieran todos los diablos del infierno.

***

George Drake notó una terrible sacudida en todos sus miembros, como si por ellos hubiera pasado una violenta descarga eléctrica.

Sacudió la cabeza y emitió un quejido. Parpadeó, pero hubo de cerrar los ojos de nuevo cegado por una luz vivísima.

La voz que ya conocía retumbó en su cráneo.

—Tranquilícese, Drake... Todo va bien.

—¿Qué... qué...?

—No abra los ojos aún.

Un extraño cosquilleo recorría todo su cuerpo, torturándole cada vez con más violencia hasta provocarle violentas sacudidas. La voz siguió diciendo algo que no comprendió. Luego oyó un grito. Era la voz de Gianna... ¿Qué estarían haciéndole?

Se forzó a mirar, a desafiar la luz que le cegaba. Sus ojos recibieron el impacto casi físico de aquel brillo cegador que empezaba a suavizarse por instantes. Todo su cuerpo temblaba.

Se dio cuenta de que estaba de pie, sujeto de algúnmodo a una superficie dura contra la que se aplastabasu espalda.

Al fin, entre una vorágine de luz, descubrió confusamente a la muchacha también pegada a una plancha metálica. De la cabeza y el cuerpo desnudo de Gianna surgían una maraña de delgados cables negros que iban a morir en un panel donde chispeaban sin cesar infinitos bulbos de vivos colores: rojos, verdes, blancos...

Entonces se dio cuenta de que sobre su propio cuerpo los cables formaban un auténtico laberinto. Más allá, como protegido por la masa de luz, el ser extraño que ya conocía estaba mirándoles impasible, con aquellos ojos redondos, como pelotas de tenis, fijos e inexpresivos.

—¡Ya basta! —rugió—. ¡Déjela en paz!

—¿Se refiere a su compañera?

—¡Déjela en paz! —repitió, estremeciéndose.

—Ustedes, los terrícolas, son seres curiosos... Ella está soportando lo mismo que usted. No obstante, no se queja por su propia experiencia, sino que se preocupa por la de su compañera... Curioso.

Drake rechinó los dientes, sacudido por la ira.

Y repentinamente la luz se apagó y sólo quedó aquella semipenumbra que ya conocía. Todo su cuerpo se relajó y vio a Gianna como quedaba inerte, pendiendo de las invisibles ataduras que la sujetaban.

—Todo va bien, Drake —dijo la voz—. Ya hemos terminado.

—¡Mírela a ella!Está desvanecida...

—Se repondrá. No es tan fuerte como usted, pero lo ha soportado mejor de lo que yo esperaba.

—¿Qué es lo que usted esperaba, que diera saltos de alegría?

—Yo esperaba que muriese. No usted; ella.

—¡Maldito!

Apretó las quijadas, dominándose.

El extraño se le acercó, mirándole a los ojos. Le vio cabecear, satisfecho.

—Hemos terminado, Drake. Esta primera parte no podía haber resultado más satisfactoria.

—¿Primera parte?

—¿Cómo lo llamarían ustedes? Digamos que ésta era la faceta física del experimento. Ha resultado perfecta.

—¿Quiere decir que ahora somos inmunes a las radiaciones lo mismo que ustedes?

—Efectivamente; la radiactividad no les afectará en absoluto ni a

usted ni a su compañera..., ni a sus descendientes.

George trató de pensar en eso, pero ya la voz estaba diciendo:

—Espero que la segunda fase resulte también un éxito.

—¿Qué segunda parte?

—Su mente, amigo mío. Necesitamos acondicionar su mente.

Se estremeció.

—¿Para qué? ¿Tal vez para convertirnos en esclavos?

—¿Esclavos? No comprendo... O quizá sí. Peronoes exactamente eso, Drake. Ustedes y sus descendientes nos obedecerán en lo sucesivo, por supuesto. Necesitamos crear una población que no cause problemas y produzca cuanto nosotros necesitamos. Este es un mundo rico... Ni siquiera ustedes sospecharon jamás las riquezas que encierra.

La verdad estalló en la mente de George con la fuerza de un cohete. Lo comprendió y la cólera estuvo a punto de traicionarle.

—Comprendo muchas cosas —dijo—, pero usted me desconcierta. Usted y sus congéneres, si es que hay otros aquí. ¿De qué clase de mundo proceden, que les ha permitido convertirse en verdaderas máquinas sin el menor asomo de sentimientos?

—Ahora soy yo quien no le comprende. ¿Sentimientos?

—Olvídelo.

—Nuestros mundos se componen de dos clases de seres, Drake, los *Maestros* y los demás.

—Es una curiosa manera de definir.

—Algún día lo comprenderás. Tedarás cuenta deque sólo los *Maestros* son dignos de una vida superior. Todos los demás han sido creados para servir ese ideal. Trabajar en las minas radiactivas es su ocupación más habitual. Un trabajo terrible, por supuesto. Pero también lo es enviarlos a los nuevos mundos conquistados para que se adapten a ellos, los trabajen y exploten en beneficio de los *Maestros* y del mundo superior al que deben obediencia.

—Esa es la idea que tenían los esclavistas aquí, en la Tierra, hace cientos de años. No les resultó.

—Estás equivocado..., pero no importa. Nuestro poder mental hará que te adaptes a la nueva situación cuando llegue el momento.

Se inclinó sobre el tablero de instrumentos donde los bulbos de colores habían dejado de parpadear. Manipuló algo que Drake no pudo ver y al instante las diminutas ventosas que mantenían los cables sujetos a sus cuerpos se desprendieron y ios cables, cual si estuvieran dotados de vida propia, quedaron plegados a ambos lados.

Trató de apartarse del panel metálico, pero la fuerza que le mantenía sujeto continuó apresándole.

—Aún no, espera..., no te muevas aún. Deseo que mis colegas te vean y comprueben por sí mismos el éxito de esta parte del experimento.

—¿Tus colegas?

—Naturalmente, no creerás que estoy solo aquí... Otras naves han dejado en la Tierra a un centenar de seres como yo. No tardarán en llegar.

—¿Cuántos llegaron en esta nave?

—Diez.

—¿Dónde están los otros?

—Me gustaría poder explicártelo y que lo comprendieses.

—Prueba a ver.

—Traslación mental —dijo la voz, suavemente.

Drake arrugó el ceño, esforzándose por desentrañar el misterio.

«Traslación mental»...

Las palabras zumbaron en su mente una y otra vez, inquietantes y siniestras.

Gianna se recobró de pronto y miró hacia él llena de angustia.

«Traslación mental»...

—Creo que entiendo —murmuró al fin, estremeciéndose—.Dicho conotraspalabrasapoderarse de una mente ajena. .—Ya dije que eras

inteligente. —Una mente viva… o muerta.

—Para apoderarse de una mente se necesita un cerebro intacto, eso es todo.

—Comprendo. Tú puedes apoderarte de mi mente fácilmente.

—Ahí te equivocas. Tu cerebro es poderoso. Todo cerebro lo es. Puede ofrecer tal resistencia que sea imposible dominarlo. Esa es la razón por la cual quiero terminar el experimento contigo. Porque estando vivos no podemos dominar vuestras mentes. Es fácil reactivar el cerebro de un cuerpo muerto, pero ese cuerpo tiene una utilidad limitada, corta. Se descompone, se destruye inexorablemente.

—Ya veo. ¿Y qué ocurre con el ser que se traslada a ese cuerpo, sigue activo también, a pesar de haber trasladado su mente a otro?

—No has comprendido aún. Nosotros podemos trasladarnos mentalmente a otro ser inerte que no ofrezca resistencia. «Pero nos trasladamos por entero»… No somos una masa sólida, aunque te pueda parecer lo contrario al verme. De alguna manera debía mostrarme a ti para comprendernos y vernos.

—¿Quieres decir que dentro del ser inerte del cual te puedes apoderar, estarías tú enteramente?

—Así es. No en el ser inerte, únicamente en el cerebro de ese ser reactivado.

George comprendió muchas cosas. Y le invadió una viva euforia que apenas pudo disimular.

—Eso es lo que han estado haciendo tus compañeros, los que llegaron en esta nave —murmuró.

—Cierto.

—Apoderarse de cuerpos muertos para matar con ellos a los sobrevivientes de la Tierra.

—Si te detienes a pensarlo no es tan terrible. Han sido los terrícolas los que desataron la catástrofe. Nosotros no provocamos vuestra guerra. Puede decirse que nos habéis ofrecido vuestro mundo en las manos. ¿Crees que es realmente importante que nosotros matemos a los escasos terrícolas que pueden significar un riesgo?

—No quiero discutir este punto.

Drake calló. Muchos misterios estaban desvelándose. Y lo que era aún más importante, sabía que la mayoría de tripulantes de la nave no regresarían jamás porque habían sido destruidos al destruir a tiros el cerebro de los muertos vivientes.

—Descansa ahora —dijo el extraño—. Cuando mis compañeros vuelvan y lleguen todos los demás, realizaremos la segunda y definitiva operación del experimento.

CAPITULOXII

Julien se quedó helado al ver la nave reposando en medio de la llanura. Ahora que había desaparecido la oscuridad también se había extinguido el extraño brillo que durante la noche la hiciera luminosa.

—¿Qué te parece? —susurró Pietro.

—¡Increíble! Un platillo volante... Siempre creí que su existencia eran paparruchas, cuentos de histéricos.

—Pues ahí lo tienes.

—No se ye a nadie. ¿Estará abandonado, Pietro?

—Cualquiera sabe... Quizá sus tripulantes estén dentro. Tengo la corazonada que ellos tienen que ver con la desaparición de Drake y la chica.

—Si los han matado haré saltar en pedazos esta lata de sardinas —prometió Julien, iracundo.

—¿Cómo? ¿Con las manos desnudas?

—¡Cuernos! Hay toneladas de explosivos y bombas de mano desperdigadas por todas partes. Yo sé cómo manejarlos.

—Es una idea, pero antes deberíamos asegurarnos dequiénes son esos tipos y, sobre todo, de donde proceden.

—Oye, ¿crees que Drake conocía su existencia? Ahora me parece cada vez más extraño su comportamiento.

—Ya pensaremos en eso. De momento, hay que tratar de localizarlo. A él y a Gianna. ¿Vamos?

—¡Aguarda! Por el fondo de la nave acababa de deslizarse unasombra rojiza que de pronto pareció desvanecerse más allá del inmensoaparato.

—¿Qué fue eso? ¿Lo viste?

—No, pero es la segunda vez que veo una cosa semejante. Eso quiere decir que hay alguien dentro —murmuró Pietro.

—Ojalá salieran —apuntó, acariciando la «Stein».

Pietro señaló un revoltijo de rocas y troncos partidos a mitad de camino entre ellos y la nave.

—Si pudiésemos apostarnos allí, estaríamos más cerca para atacarlos —susurró—. ¿Crees que podrás llegar corriendo agazapado?

—Ve tú. Yo te cubriré si te descubren. Cuando estés apostado me cubrirás a mí.

—Muy bien.

—Suerte.

Pietro saltó hacia adelante y corrió como un rayo, agazapado, hasta zambullirse detrás del parapeto de roca y troncos. Hizo una seña a Julien y tras esto apuntó su arma hacia la nave.

El francés aspiró hondo y se lanzó a la carrera. No sucedió nada y llegó junto a su amigo jadeando y temblando.

—¿Y bien?

—Esperaremos un poco. Desde aquí los tenemos a tiro.

—Pienso que cuándo se arme nos pulverizarán. Esa gente debe disponer de armas que ni siquiera podemos imaginar.

—¿Y qué más? Eso es más emocionante que dejarse freír por una explosión atómica, digo yo.

—Bueno.

Se quedaron muy quietos, vigilando como halcones la quieta y silenciosa nave. Dentro de ella, Drake buscaba desesperadamente una salida a la desesperada situación en que aquellos invasores habían colocado a los desperdigados restos de la humanidad.

***

El extraño entró de pronto. Su voz retumbó en los cerebros de la pareja, sujeta aún a los paneles de metal.

—Tardan demasiado —dijo—. Han desobedecido las órdenes.

George pensó que muchos de ellos ya nunca regresarían.

—¿Y los de otras naves, por qué no vienen a bordo de ellas? —preguntó.

—Desembarcaron en distintos puntos. Tienen instrucciones de hacer análisis de la atmósfera y la tierra.

—Si son inmunes a las radiaciones nucleares, poco tienen que temer.

—A la radiactividad sí, pero la atmósfera en nuestra galaxia es limpia, neutra. Desconocemos los efectos de la vuestra sobre nuestro organismo.

Algo empezó a zumbar en la mente de Drake, algo que le infundió nuevas esperanzas.

—Sácanos de aquí —dijo, de pronto—. Estamos en tus manos, no podemos abandonar la nave ni lo deseamos tampoco a estas alturas. Y esta posición es muy incómoda.

—Quisiera confiar en ti —dijo la voz—. No por lealtad tuya, sino porque sería un desastre tener que matarte.

—Te doy mi palabra de no atentar contra ti.

—¿Palabra?

—Oh, claro, no comprendes...

Repentinamente se sintió libre, y apartándose del panel metálico, se volvió hacia Gianna.

La muchacha dio un traspié al quedar libre y luego recobró el equilibrio. Calmosamente, Drake se vistió el ajustado pantalón negro de hilo que había llevado debajo del pesado traje protector.

La desnudez de la muchacha no había atraído ni una sola mirada del extraño. Por alguna razón, las diferencias de sexo no tenían la menor significación para él. Sin embargo, Gianna buscó sus harapos y se cubrió precariamente, reuniéndose con George a continuación.

—¿Qué significa todo lo que está sucediendo? —murmuró.

—De momento, significa que tú y yo somos inmunes a la radiactividad. Por ese lado no tenemos nada que temer.

Tomó las manos de la muchacha entre las suyas, y mirándola al fondo de sus hermosos ojos, susurró:

—Todo lo demás no debe inquietarte. Tal vez quede aún esperanza.

Una lucecilla verde comenzó a parpadear de pronto en el tablero.

El extraño se aproximó al cuadro de mandos y manipuló en ellos silenciosamente. No habló, por lo menos su voz no sonó en los cerebros de la pareja. No obstante, cuando se apartó de los mandos, sí dijo:

—Ya vienen. Acaban de comunicarme que llegarán aquí en un... Olvidaba que nuestra medida del tiempo es incomprensible para vosotros... ¿Media hora terrestre? Poco más o menos —añadió.

—¿Quiénes? ¿Los que viajaron contigo en esta nave?

—Los otros. Me inquieta el silencio de mis compañeros.

Pasaron los minutos lentos y agobiantes.

Luego, repentinamente, el extraño se volvió velozmente hacia el tablero donde sonaba una leve crepitación metálica.

Le vieron dirigirse a la escotilla, que se descorrió silenciosamente. En el mismo instante, una, metralleta tableteó salvajemente en el exterior. La cabeza del extraño se desintegró materialmente y el cuerpo casi decapitado rodó sobre la superficie metálica del suelo ante los azorados ojos de Drake y la muchacha.

Estaban mirándolo aún, cuando la masa rojiza pareció volverse más transparente a cada instante. Y luego, de pronto, ya no hubo nada.

Gianna emitió un quejido mientras George la sujetaba contra él.

La voz de Pietro rugió allá abajo:

—¡Drake! ¿Estás ahí?

—¡Seguro! No dispares, vamos a salir.

Saltaron por la escotilla. Ahora no había ninguna fuerza misteriosa que les sostuviera y rodaron abajo, sobre la chamuscada tierra.

Julien y Pietro se precipitaron hacia ellos.

—¿Quedaalguienahí dentro?

—Nadie, pero están a punto de llegar un centenar de individuos que no os gustará conocer.

El francés rechinó los dientes.

—Largaros de aquí —dijo.

Volteó el brazo y una granada de mano entró por la escotilla. El estallido retumbó sordamente en el interior, pero la nave ni siquiera se estremecía.

Drake gritó algo, pero Julien envió aún dos granadas más por la abertura antes que el inglés pudiera sujetarlo.

—¡Quieto! —bramó—. Este aparato puede tener una importanciaincalculableparanosotros.

—¡Y también para esos tipos que dijiste que estaban a punto de llegar!

Echaron a correr hacia las colinas. Estaban llegando a la cima cuando Pietro exclamó:

—¡Mirad!

Se volvieron. Cerca de la nave se movían unas confusas figuras rojizas, casi informes.

—¡Ya están ahí! —dijo Drake—. Hay que llegar al hospital.

—¿Para qué?

—Es nuestra única esperanza, si no estoy equivocado.

—¡Ya vienen!

Dio un vistazo y vio correr velozmente a los extraños seres.

Ellos también emprendieron una carrera desenfrenada. Drake y la muchacha se sentían sorprendentemente fuertes y ágiles,pero Julien pronto dio muestras deagotamiento. Hubieron de ayudarle a sostenerse, lo que les retrasó de manera lamentable. Pietro jadeaba, pero aún lograba sostener el ritmo por sí mismo, sin ayuda de los demás.

Volvió la cabeza y vio a los perseguidores que habían ganado mucho terreno. Redobló sus esfuerzos. Drake llevaba a Julien casi en volandas, a pesar de las protestas delfrancés.

—¡No seas estúpido! —rugió—. Déjame aquí, les detendré el tiempo suficiente para que podáis poneros a salvo.

—¡Cierra el pico!

Siguieron adelante, espoleados por la angustia.

Cuando las ruinas de la ciudad aparecieron, el hedor que se desprendía de ella casi les tiró de espaldas, producido por los millares de cadáveres que se habían descompuesto entre los escombros.

—¡Aprisa, aprisa! —gritó Gianna.

A sus espaldas sonó un agudo chasquido. Vieron pulverizarse un pedazo de muro a su izquierda, volatilizado por el disparo de alguna clase de rayo desconocido.

—¡El hospital...!

Se zambulleron materialmente por los boquetes que ya conocían.

Otro de aquellos terroríficos disparos barrió toda una pared.

—Vamos hacia los sótanos, es preciso que entren..., que nos busquen —dijo Drake.

—¿Estás loco? Nos cazarán como ratas allá abajo.

—Y si nos quedamos aquí nos cazarán igualmente con esa arma que utilizan. ¡Abajo!

Se lanzaron escaleras abajo, por el laberinto de pasillos que formaban una red increíblemente complicada.

Cuando llegaron al fondo de lo que fuera depósito de cadáveres, por todas partes se oían los ruidos producidos por los intrusos que buscaban su rastro. De vez encuando, uno de aquellos chasquidos que barrían una pared para eliminar obstáculos a su paso...

—¡Nos matarán, George! —susurró Gianna.

—Tal vez, pero si tardan un poco en localizarnos no podrán.

—¿Por qué? —gruñó Pietro—. Son casi cien tipos... y nosotros sólo dos metralletas, porque tú perdiste la tuya. ¿Cómo demonios crees que podremos hacerles frente, contando ellos con esa tremenda arma de que disponen?

—Silencio ahora y vigilad la puerta; eso es todo lo que podemos hacer.

El tiempo se deslizó lentamente, con Tos nervios de cada uno tensos como cables de acero. De vez en cuando se miraban, inquietos, escuchando los ruidos que sonaban aquí y allá, sobre sus cabezas.

Minuto tras minuto, con el miedo aleteando a su alrededor.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Alguien lo sabe? —susurró Pietro, al fin.

—Tal vez dos horas o más.

Gianna acercó los labios a la cara de Drake y musitó: —Ahora apenas se oye nada. Quizá se retiren.

—No podrán... ¡Dios! Van a quedarse aquí definitivamente.

Julien alzó la cabeza y dijo con voz apenas audible:

—Pues nos partirán por la mitad. Las provisiones están ocultas arriba.

—Ya no se oye nada —terció Pietro, extrañado.

—Esperad un poco aún.

Esperaron. Más tiempo; más minutos eternos, las manos sudorosas apretadas contra las armas, los ojos doliéndoles de vigilar fijamente la puerta y los peldaños de las escaleras que se veían más allá.

Luego, un chasquido y un golpe, y unos pasos titubeantes arriba, allí donde debía empezar la escalera. Se miraron aterrados. Pietro tensó el dedo sobre el gatillo, esperando.

Y de pronto, un golpe, y algo bajó rodando los peldaños hasta aparecer ante su vista. El cuerpo rojizo de uno de los invasores que quedó atravesado en eí umbral, inerte.

Drake se levantó cautelosamente. Arrancó la metralleta de las manos del francés y se acercó al caído.

—Está muerto —anunció al fin—. Acerté. Estamos salvados.

—Pero, ¿quién se lo ha cargado? —refunfuñó Pietro.

—Los muertos. Las carroñas en descomposición.

—¿Qué? ¡Tú estás chiflado, inglés!

Drake sacudió la cabeza.

—El individuo que había en la nave dijo que ellos eran inmunes a la radiactividad, pero que necesitaban analizar la atmósfera de este mundo para saber a qué atenerse. La suya era pura, inerte. Bueno. Pensé que la que nos rodea está tan podrida como los millares de cadáveres sin enterrar y que eso los mataría. Los millones de gérmenes del aire han acabado con ellos más efectivamente que una descarga de plomo.

Se quedaron mudos de estupor. Drake aún añadió:

—A nosotros nos sucedería casi lo mismo si de repente nos trasladasen a un mundo de atmósfera inerte. De cualquier modo nos hemos salvado. Ahora creo que lo pensarán dos veces antes de enviar más avanzadillas, porque sabrán que toda su gente ha sucumbido. Vamos, ya podemos salir.

Julien y Pietro apenas podían comprenderlo. No obstante, se dirigieron hacia las escaleras y desaparecieron rápidamente, deseosos de comprobar por sí mismos que todoslos demásextrañoshabíanmuerto.

Gianna levantó la mirada hacia Drake y sonrió.

—Tú y yo viviremos, querido —susurró—, gracias a esos invasores.

—Tú, yo y nuestros descendientes. Recuerda lo que dijo aquel tipo. Habrá que fundar una nueva generación.

—George…

El la estrechó entre sus brazos. Vio los labios de lamuchacha subir al encuentro de los suyos y los aplastó bajo su boca.

Esta vez ninguno se preocupó del tiempo que transcurría. Para ellos se detuvo, se eternizó, mientras la pasión les sumergía en un mundo lejano en el que no había terrores ni muerte.

Sólo la vida.

Y un porvenir renacido después del fin absoluto.

FIN